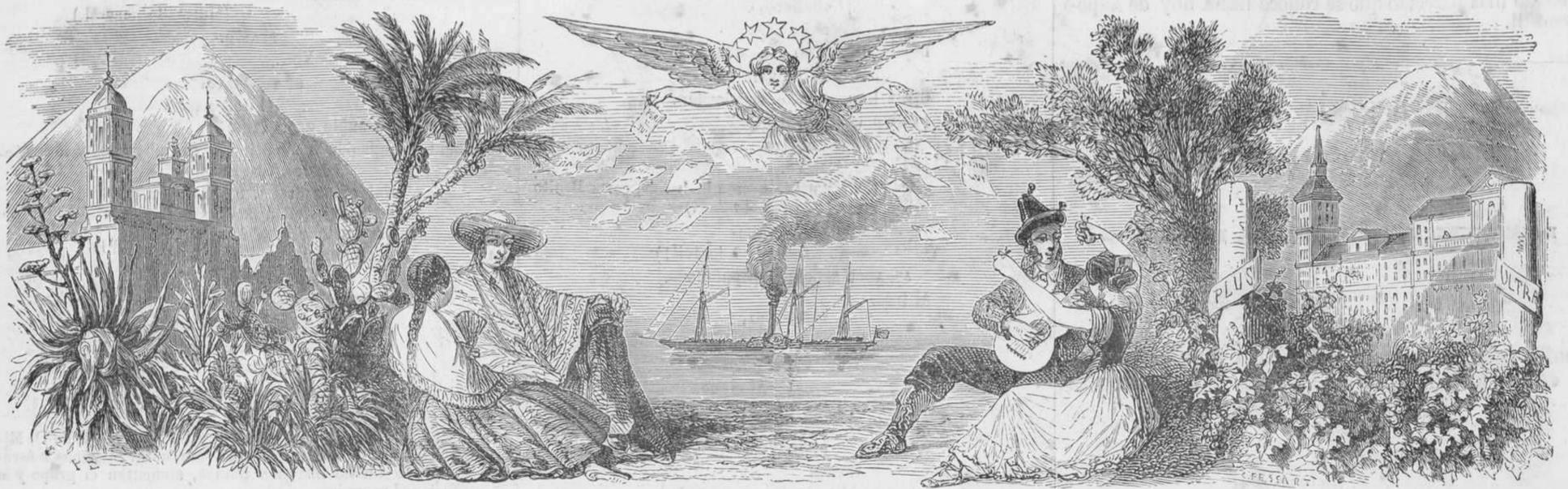


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 193

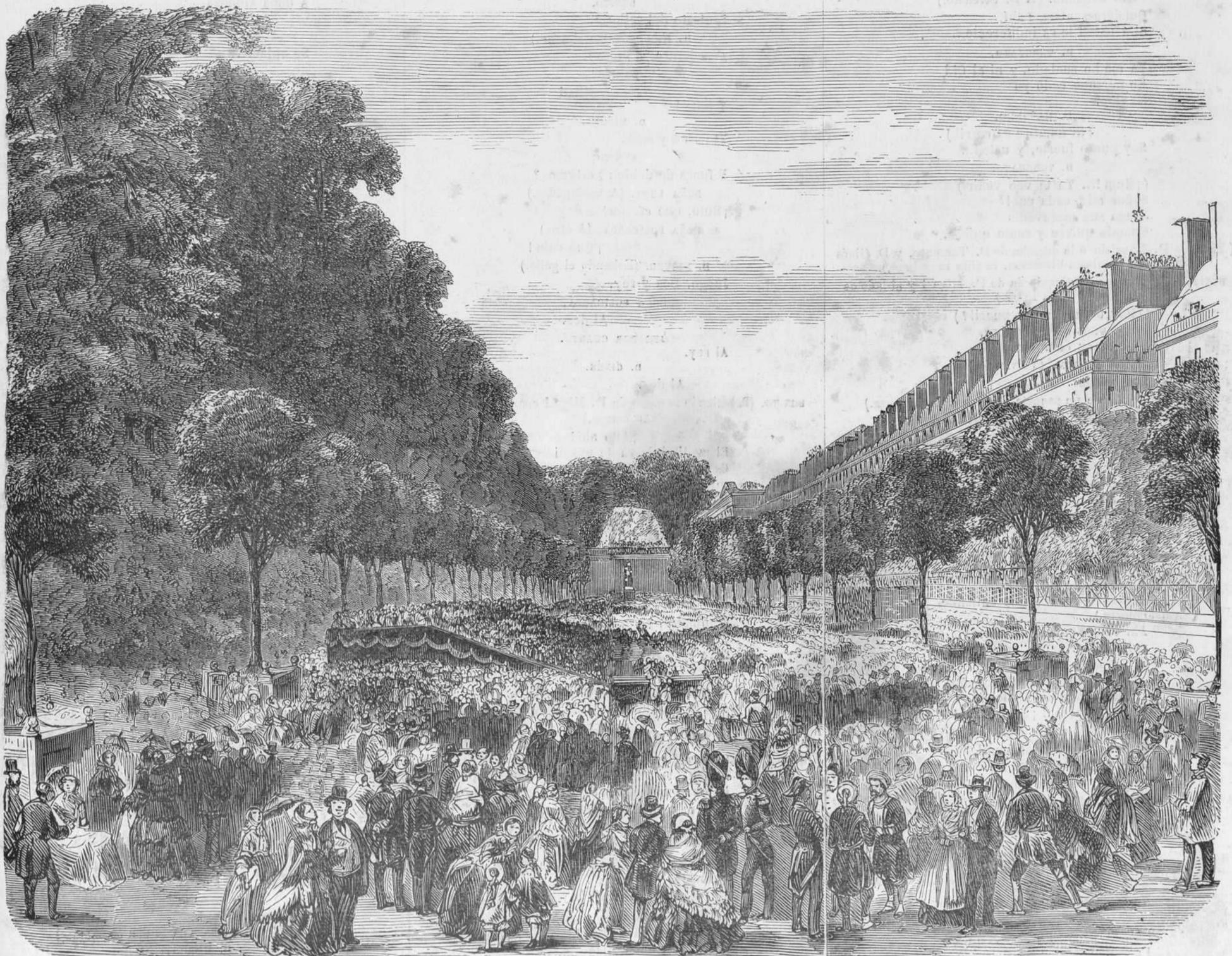
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

## SUMARIO.

Fiesta del 15 de agosto de 1856; grabados. — La hipocresía del vicio. — Revista de la flota rusa en Cronstadt; grabado. — Crimea; grabados. — Revista de Paris. — Gerifalte. — S. M. el emperador Napoleon III; grabado. — Hom-

bres ilustres de la América española. — El Alfabeto de la Muerte; grabado. — La iglesia de San Vicente de Paul; grabados. — Los dos hermanos. — Comunicacion entre el Atlántico y el Pacífico. — Las regatas de Ruan; grabado. — La casa alemana de Beaujon grabado.

A su debido tiempo hemos dado á nuestros lectores una descripcion de las fiestas del 15 de agosto (véase la Revista de Paris del número 191) pero como entónces los dibujos correspondientes no estaban listos, por la razon de que el buril no va tan de prisa como la pluma, hemos debido aplazar su publicacion hasta este número.



Fiesta del 15 de agosto de 1856. — Concierto en el jardin de Tullerias.

ro. En la primera página se representa el concierto dado en la arboleda llamada de *Meleagre* dentro del jardín de Tullerías, y en las páginas 168 y 169 damos: 1º una vista de la catedral de París cuando se cantaba el *Te Deum*. 2º la celebración de la fiesta á bordo de un buque, y 3º el retrato del Emperador, copia del cuadro de M. Horacio Vernet que existe en el Hotel de Ville; es el retrato mas parecido que se conoce hasta hoy de Napoleón III.

## LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuación.)

### ESCENA VIII.

DOÑA LUPA. DOÑA POLICARPA. DOÑA HIGINIA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO. FERMIN. MÁSCARAS. JUGADORES.

FERMIN.

¿Quién llama?

D. MIGUEL.

Barajas, que estas Harto han dado ya de sí

DOÑA POLICARPA.

(A fé que el nuevo banquero Es un mozo muy gentil.)

(Además de los Jugadores primero, quinto y sexto, se levantan algunos de los que no han hablado. D. Miguel ocupa el lugar del banquero y D. Torcuato se apresura á sentarse á su lado por la derecha.)

D. GINÉS. (Al oído á Fermin rápidamente.)

De aquellas...

FERMIN.

Ya estoy en autos.

(Vase.)

D. MAURICIO. (A D. Torcuato.)

Quisiera sentarme ahí, Si á usted le es indiferente...

D. TORCUATO.

Ya me he sentado, y ni al Cid En persona cedo yo Mi silla.

D. MAURICIO.

(El hombre es cerril.)

Soy punto fuerte, y usted...

D. TORCUATO.

(¡Hum!... Ya te veo venir.) Señor mio, cada cual Juega sus maravedís Cuando quiere y como quiere.

(Sientase D. Mauricio á la derecha de D. Torcuato, y D. Ginés ocupa, en la misma direccion, la silla inmediata.)

BENITO. (Sentándose á la izquierda de D. Miguel y al lado de doña Lupa.)

(¿Hay capricho mas pueril?)

Pero, pues así lo quiere, Seamos su comodín.

FERMIN. (Volviendo.)

Las barajas.

(Pone un paquete de estas sobre la mesa.)

D. MIGUEL. (Dándole un doblón.)

Casa y luces.

Lo que sobra para tí. —

(Vase Fermin.)

(Desenvolviendo las barajas.)

¡Ea, á desbancarme pronto, Señores!

BENITO.

Salga á lucir

El fondo, y veré...

D. MIGUEL.

Se entiende.

(Sacando dinero.)

Ahí va. ¿Son grano de anís Seis onzas?

BENITO.

¡Valiente empeño!

¡Gran batalla de Austerlitz Vamos á ganar! ¡Seis onzas!

D. MIGUEL.

Si usted quiere poner mil, Es muy dueño de tallar.

D. MAURICIO.

Vendrá usted del Potosí Tal vez...

BENITO.

No; de Andalucía.

Soy natural de Guadix.

D. MIGUEL.

Ya se infiere...

BENITO.

En fin, no quiero

La rana de este país.

(Baraja D. Miguel.)

Talle usted sus seis oncesas;

Pero le debo advertir

Que como fiesta de pólvora

Se irán, si me hace tilin

Una sota.

D. MIGUEL.

¡Caballero...

DOÑA LUPA.

Déjele usté. Eso es... changüi.

D. MIGUEL.

Otras hay, si estas se pierden.

¿Quién corta?

BENITO.

Yo.

(D. Miguel le acerca la baraja, corta Benito y aquel echa el albar.)

DOÑA HIGINIA.

(¡Qué incivil!)

JUGADOR SEGUNDO. (Apuntando.)

Al tres.

DOÑA LUPA.

A ese cinco.

D. MAURICIO.

Al cinco.

DOÑA HIGINIA.

Al tres.

D. MIGUEL.

Juego.

BENITO. (Poniendo una moneda.)

Medio luis

De plata al cinco.

D. MIGUEL.

¿Es todo ese,

Compadre, el tren de batir

Con que usted me amenazó?

Yo esperaba un celemin

De onzas.

BENITO.

Un poco de flema.

Yo no me caliento así

Como quiera.

D. MIGUEL.

¡Buen apunte!

BENITO.

Protesto del retintín.

D. MIGUEL. (Con chunga.)

¿Va dentro, ó fuera?

BENITO.

Mitad

Y mitad.

D. MIGUEL.

Ya; *mich* y *mich*.

BENITO.

Y fuera de doble: ¿estamos?

DOÑA LUPA. (A un jugador.)

¡Hum, qué cócora!

DOÑA POLICARPA. (A otro.)

¡Qué ruin!

D. MIGUEL. (Echando el gallo.)

Juego. Dos y rey.

DOÑA POLICARPA.

Al dos.

JUGADOR CUARTO.

Al rey.

D. GINÉS.

Al dos.

BENITO. (Deteniendo la mano de D. Miguel cuando va á volver la baraja.)

¡Alto ahí!

El medio luis va de pároli

Contra el dos.

D. MIGUEL.

¿Sí? ¡Qué feliz

Ocurrencia!

BENITO.

Como mía.

D. TORCUATO.

(No hay fiesta sin arlequin.)

D. MIGUEL.

Compadre, no bastará

El tratado de Bails

Para ajustar esa cuenta.

BENITO.

El que talla ha de servir

A todo el mundo.

D. MIGUEL.

El que talla

Sería cobarde y vil

Si aguantase las sandeces

De cualquier chisgaravis.

BENITO. (Incorporándose.)

¿Qué se entiende...

D. MAURICIO.

¡Eh! Para broma,

Ya basta.

BENITO. (Alzando la voz.)

No hay broma ni...

Quiero jugar á mi gusto;

Y no doblo mi cerviz

A nadie; y...

DOÑA POLICARPA.

¡Jesus!

D. MAURICIO.

¡Silencio!

DOÑA LUPA.

¡Armar la de San Quintín

Por nada.

(Murmullo general.)

BENITO.

Yo...

D. TORCUATO.

(¿Qué garito

No suele acabar así?)

D. MIGUEL. (Imponiendo silencio con sus ademanes y levantándose enseguida.)

Hablemos claros. Si hay hambre,

Y apela usted á ese ardid

Para armarse, ahí va un doblón,

Y lárguese usted de aquí.

BENITO.

¡Usted me insulta!

D. MIGUEL. (Cogiendo un candelero.)

¿Le apago

Esta vela en la nariz?

BENITO. (Cogiendo otro candelero.)

Primero...

(Doña Lupa sujeta el brazo de Benito y D. Mauricio el de D. Miguel. Todos se levantan, menos D. Torcuato. Algunas máscaras, que llegan de distintos puntos, aumentan el grupo y la confusión. Las mujeres chillan.)

DOÑA HIGINIA.

¡Ay!

DOÑA POLICARPA.

¡Por Dios...

JUGADORES.

¡Señores!

OTROS.

¡Juicio!

D. GINÉS.

¡Prudencia!

DOÑA LUPA. (Gritando.)

¡Fermin!

D. MAURICIO.

¡Chito! que comprometemos

A doña Aldonza.

D. GINÉS.

La lid

Se aplice...

DOÑA LUPA.

Mátense ustedes

Donde no suene el violín;

Que esto es una incongruencia.

D. MIGUEL.

Conformes. Mañana...

BENITO.

Sí.

D. MIGUEL. (Dándole una tarjeta.)

Mi nombre y mi casa.

BENITO.

Entiendo.

D. MIGUEL.

Extramuros...

BENITO.

Ya.

D. MIGUEL.

Hay jardín...

BENITO.

Mejor cuando el alba asome

Entre perlas y rubís,

Nuestros plenipotenciarios

Arreglarán el festín.

D. MIGUEL.

¿Su gracia de usted?

BENITO.

(¿Qué nombre

Fingiré yo?... En el Danzik

Me he dejado las tarjetas,

Que son de hermoso harniz...

(¡Ah! el de Manila... No temo

Que me venga á desmentir.)

Mas lo diré verbalmente.

Me llamo Torcuato Ruiz.

D. TORCUATO.

(¿Qué oigo! ¡Vive Dios... ¡Un quidam

De tan grotesco perfil

Llevar mi nombre!...)

BENITO. (Recogiendo su puesta.)

Ahora bien,

Retiro mi medio luis.

D. TORCUATO.

(Yo le diré... Mas guardemos

El incógnito hasta el fin.)

BENITO.

Lo dicho.

D. MIGUEL.

Lo dicho.

BENITO.

Venga

Esa mano varonil.

(Se dan las manos.)

D. MIGUEL.

Hasta mañana.

BENITO.  
Mañana  
Dejará usted de existir.  
D. MIGUEL.

¡Ba!  
¡Sienta y asimismo los jugadores que se habían levantado. Las máscaras vuelven á su anterior movimiento.)

BENITO. (Yéndose hacia el foro.)  
(No he salido del paso  
Tan mal como presumí,  
Busquemos ahora á Inés;  
Que tengo el alma en un tris.)

ESCENA IX.

DOÑA LUPA. DOÑA POLICARPA. DOÑA HIGINIA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. JUGADORES. MÁSCARAS.

D. MAURICIO.  
¡Hola! pues parece jaque  
El hidalgo guadijeño.

D. MIGUEL.  
No es para quitarme el sueño  
Un hombre de aquel empaqué.

D. GINÉS.  
Será en todo fanfarrón  
Como lo es en el dinero.

D. MIGUEL.  
Y si no, mañana espero  
Darle una buena lección.

DOÑA LUPA.  
¡Basta!  
D. MAURICIO. D. GINÉS.

¡Al juego!  
D. MIGUEL.  
Bien decís.

Juego. (Echando cartas)  
DOÑA HIGINIA.

Ha sido mucha audacia...  
D. MIGUEL.

No tal. A mí me ha hecho gracia  
El hombre del medio luis. —  
Rey. — Un duro.

JUGADOR CUARTO. (Al de su lado.)  
¿Ves? No falta. --

A mí.  
D. MAURICIO.  
Como siempre des  
La descargada...

D. MIGUEL.  
Ahora el tres,  
Y redondeo la talla. —  
Juego.

DOÑA LUPA.  
(¡Me da cada brinco  
El corazón...)

JUGADOR TERCERO.  
¡Mucho tarda!...

DOÑA LUPA.  
¡Un cinco, Angel de la Guarda!

D. MIGUEL.  
El tres.  
DOÑA LUPA. (Con despecho.)

¡Ya! ¡Si iba yo al cinco!  
D. MIGUEL.

Medio.  
JUGADOR SEGUNDO.  
A mí.  
D. MIGUEL.  
Peseta.

DOÑA POLICARPA.  
Mía.  
D. MIGUEL. (Recogiendo las cartas y barajando.)

Empezamos con buen pié.  
¿Quién corta?

D. GINÉS.  
Yo cortaré.  
JUGADOR CUARTO. (Meditando.)

Rey contra dos... ¡La judía!  
D. MIGUEL.

Corta.  
D. GINÉS. (Pulsando la baraja.)  
(Si aparece un as,  
No estará el otro distante.)

D. TORCUATO.  
(¡Mucho te cleas, tunante!)  
DOÑA LUPA.

¡Otro cinco ó Barrabas!  
JUGADOR CUARTO.

A la sota.  
JUGADOR SEGUNDO.  
Al cinco.

D. MIGUEL.  
Juego.  
DOÑA POLICARPA.

Mi peseta... No, iré al gallo.  
D. MIGUEL.

Norabuena... — As y caballo.

D. GINÉS.  
Al as esa onza.

D. MIGUEL.  
¡Juego!

D. GINÉS.  
Es mi carta favorita.

D. MAURICIO.  
El caballo no es mi fuerte.  
(Poniendo un billete.)

Juego al as. Sigo tu suerte.  
Tronemos en comandita.

D. MIGUEL. (Abriendo el billete.)  
¿Mil?  
D. MAURICIO.

Quinientos, nada más.  
D. MIGUEL.  
Pues los pierdes de seguro.

DOÑA LUPA.  
Al caballo medio duro,  
D. MIGUEL.

Juego...  
D. TORCUATO.  
¡Alto! — Copado al as.  
(Saca una cartera y la coloca junto al naipe.)

D. MAURICIO.  
¡Buena salida de toro!

D. MIGUEL.  
¿Copado?  
D. TORCUATO.

Pues ¡no que no!  
D. GINÉS. (En voz baja á D. Mauricio.)  
Este es más griego que yo.

D. MIGUEL.  
Pues si usted copa, yo abono.  
(Pone en la mesa el resto de su dinero, que consiste en un billete del Banco y algunas onzas.)

¡A quedar mondo y lirondo  
Quizá el orgullo me obliga!

D. TORCUATO.  
Permita usted que le diga  
Que no me basta ese fondo.

D. MIGUEL.  
Pues ¿cuánto hay en la cartera?  
D. TORCUATO.

Tres mil duros.  
(Abre la cartera y muestra los billetes á los circunstantes)  
D. MAURICIO.

¡Qué capricho!  
D. MIGUEL.  
(¡Zape!) Bien; lo dicho dicho.  
(O soy ó no calavera.)

Mas acaso usted no me abra  
Crédito de tal cuantía  
Con la sola garantía

De mi nombre y mi palabra.  
D. TORCUATO.

Si. ¿No es usted caballero?  
¿No lo son estos señores?

D. MIGUEL.  
(Si pierdo... Me dan sudores.)  
JUGADOR TERCERO.

¡Tres mil duros! ¡Ya es dinero!  
D. GINÉS.  
Pues, señor, con esta fecha  
Me retiro.

(Guarda su onza.)  
D. MAURICIO.  
También sobre

Yo. Aunque gane, ¿cuándo cobra,  
Si copó el de la derecha.  
(Aparte con D. Ginés.)

¡Qué culebron!  
D. GINÉS.  
Golpe en vago.

D. TORCUATO.  
Ponga usted á la contraria,  
Si gusta. La suerte es varia,  
Y yo á todos cobro y pago.

D. MAURICIO.  
No hay prisa: jugaré luego.  
JUGADOR CUARTO. (Poniendo una moneda.)

Al caballo.  
DOÑA POLICARPA.  
(Por si pela,

Dejo en el as mi peseta.)  
D. MIGUEL.  
(¡Ea, pecho al agua!) Juego.

(Vuelve la baraja, muestra la carta que está en puerta y la separa muy despacio de las demás, brujuleando la pinta.)  
Rey en puerta, camaradas.

D. TORCUATO.  
¿Ya tiembla el pulso?  
D. MIGUEL.

¡Eh! No tal.  
(Pesa esta carta un quintal.)  
D. GINÉS. (Viendo la pinta.)

Espadas.  
D. MIGUEL. (Acabando de descubrir la segunda carta.)  
¡El as de espadas!

(Con risa forzada.)

He tronado. (¡Oh cielo!) ¡Abur!  
(Se me pega la saliva...)  
Retírense los de arriba:  
No hay fondo para el albur. —  
(Retiran sus apuestas los que habían jugado al cinco y á la sota.)  
Liquidemos, y mañana...  
D. TORCUATO.

Sí.  
D. MIGUEL.  
(¡Desbancarme este tío!)

D. TORCUATO. (Cobrando las apuestas del caballo y reuniéndolas al fondo.)  
Lo de la contraria es mio.  
(Dando su peseta á doña Policarpa.)

Esta peseta no gana.  
DOÑA POLICARPA.  
(¡Ruin!)

DOÑA LUPA.  
(¡Rústico!)

D. TORCUATO. (Contando el dinero y tomando apuntes en su cartera.)  
En el tapete

Hav : onzas... diez; tres doblones;  
Seis... siete napoleones;  
Mil reales en un billete.  
Sumemos...

D. MIGUEL.  
(Fatal revés!)

DOÑA POLICARPA.  
(¡Hombre cicatero y vil!)

D. TORCUATO.  
Total, reales cuatro mil  
Quinientos setenta y tres.  
Vea usted...

D. MIGUEL.  
Estoy conforme.

D. TORCUATO.  
Hasta tres mil duros...  
D. MIGUEL.  
Bien.

D. TORCUATO.  
Que tengo aquí de reten,  
Hay un déficit enorme.

D. MIGUEL.  
Ya sé...  
D. TORCUATO.

(Lé pongo en un brete.)  
D. MIGUEL.

No esperaré al alguacil...  
D. TORCUATO.

Son cincuenta y cinco mil  
Cuatrocientos veintisiete.  
(Guarda el dinero y la cartera y se levanta.)

D. MIGUEL. (Levantándose, sacando otra tarjeta y dándosela.)  
Basta. Honre usted, le suplico,  
Mi casa mañana.

D. TORCUATO.  
Sí;  
Allí tendré el gusto...

D. MIGUEL.  
Allí  
Saldaremos ese pico.  
D. TORCUATO.

Adios.  
D. MIGUEL.  
Adios.  
(Vuelve á sentarse y se queda meditabundo.)

D. TORCUATO.  
(Sin camisa)

Se quedará y sin paredes,  
Si el cielo... Saludo á ustedes.  
(Ahora, traslado á Felisa.)

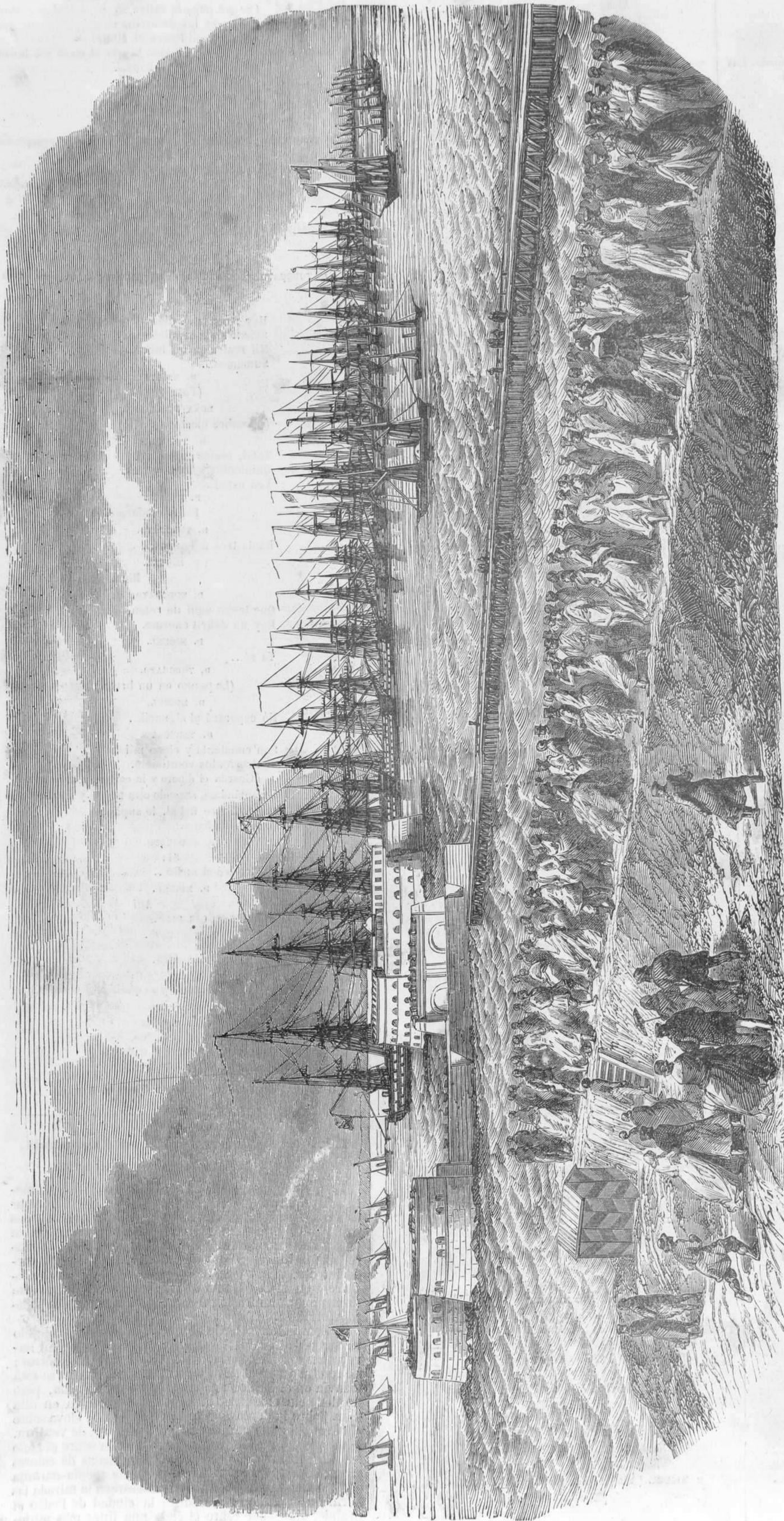
(Se continuará.)

Revista de la flota rusa en Cronstadt.

San Petersburgo 23 de julio/4 de agosto de 1856.

Llego de Cronstadt donde acabo de asistir á la primera revista naval que el emperador Alejandro II ha pasado desde su advenimiento al trono de Rusia. Siempre es un bello espectáculo la vista de una gran reunión de esas poderosas máquinas de guerra que ponen de manifiesto la inteligencia del hombre, y yo no queria perderle; desde muy temprano me embarcaba en *Vasil-Ostroft* en el *Sokol*, uno de los numerosos vapores que tienen en comunicacion á San Petersburgo con la poderosa fortaleza.

El tiempo, malo hacia algunos dias, habia recobrado su serenidad ordinaria en esta época del año; mi navegacion era bien corta, unos veinticinco kilómetros; no se está ya en el Neva y no se puede decir que se está todavía en el Báltico: el agua es dulce, límpida, pero no tiene sin embargo, la limpidez que se ve en alta mar. Sobre la derecha la costa de Finlandia eleva sobre el nivel del agua una línea baja y cubierta de verdura. Detrás del buque San Petersburgo destaca sobre el cielo sus numerosas cúpulas doradas ó pintadas de colores vivos, dominadas todas por la brillante media-naranja del Isaac, en tanto que á la izquierda atraen la mirada las hermosas campiñas que rodean la ciudad de Pedro el Grande, dibujando sobre el cielo una línea mas pinto-



Primera revista naval pasada en Cronstadt por el emperador Alejandro II, después de su advenimiento al trono. I

resca que la de Finlandia, y á cuya extremidad se distinguen las sombras frondosas de Peterhoff y de Oranienbaum, suntuosas residencias de la familia imperial.

Al extremo de un muelle interminable se desembarca en Cronstadt. Una multitud de draschkys esperan á los viajeros, y en breve me villevado por uno de esos vehículos cuya velocidad es proverbial.

No voy á hacer aquí una descripción de las fortificaciones de Cronstadt, primero, porque se han descrito tanto en los últimos dos años, que el asunto me parece desprovisto de todo interés, y luego porque soy poco ingeniero por naturaleza: en una fortificación veo en efecto, murallas y cañones, sé que las piezas son para hacer fuego y que las murallas resisten ó no resisten, pero en cuanto á saber cual es el lado fuerte ó débil de la plaza, en cuanto á saber los nombres singulares que tiene ese conjunto de murallones poco pintorescos que llaman una fortaleza, confieso que esto es superior á mis conocimientos. Además, dentro de poco se publicarán regularmente largos detalles sobre el asunto, pues el almirante Carlos Napier que se encontraba aquí hace pocos días, ha podido recorrer á su gusto todo Cronstadt, en atención á que el emperador había dado las órdenes mas latas para que pudiese satisfacer su curiosidad en todos sentidos.

La ciudad me interesaba mucho mas que todos las murallas posibles. Me habia figurado un lugarcillo, y cuando tomé el draschky, hube de pensar que hacia un gasto inútil; pero pronto me desengañé, las distancias son muy largas. Los grandes establecimientos de la guerra y de la marina se hallan construidos allí en una escala colosal, las calles son anchas y derechas, y las casas sin ofrecer el lujo de las de San Petersburgo, son vastas y se hallan cómodamente distribuidas; una poblacion circula por ellas incesantemente. El puerto militar encierra un material considerable en navíos de primera y segunda línea, pero que no están armados ni arreglados; en cuanto al puerto mercante, aunque vasto igualmente, parece pequeño para la innumerable cantidad de buques que hay en él actualmente. Y es que durante siete meses del año, los hielos le hacen inaccesible, y es preciso apresurarse en los cinco restantes á abastecerse de los productos tan necesarios á la industria que suministra en abundancia el suelo ruso.

La ciudad de Cronstadt se halla situada al Este de la isla cuya longitud mayor se extiende del Levante al Poniente. Hacia esta última parte se encuentran las casas de campo, frescos retiros en los cuales los habitantes van á buscar un abrigo durante los calores tropicales que reinan durante el estío en el fondo del golfo de Finlandia. La flota á que debia pasar revista el emperador, estaba fondeada al Sur de esa línea de verdura, apoyando su derecha en el fuerte Pedro, y su retaguardia vuelta hácia Oranienbaum. Componíase de veinte navíos de dos puentes y muchas fragatas de vela y de vapor; á vanguardia se veían chalupas cañoneras con velámen de goletas; la fragata de guardia, sin velas, maniobraba á la izquierda de la línea, como un vigilante encargado de prevenir todo accidente causado por la circulacion intempestiva de buques de comercio ó de embarcaciones conducidas por gente imprudente.

A las dos señalaron la llegada del yacht imperial salido de Peterhoff donde el emperador ha fijado actualmente su residencia. A una señal convenida todos los palos se cubrieron de marineros y ardientes hurras acogieron á su llegada al soberano de tantos millones de hombres. Después de haber disminuido la rapidez de su marcha el yacht imperial prolongó sobre la retaguardia la línea que formaban los buques; luego, llegado á la extremidad, volviendo graciosamente sobre sí mismo con la mayor precision, recorrió en sentido inverso el camino que acababa de seguir, interrumpiendo á veces su marcha para examinar de cerca algunos de los navíos.

Detras del yacht imperial iba una larga fila de chalupas cañoneras que no habian tenido colocacion en la línea, eran setenta y cinco y desfilaban lentamente una por una detrás de la larga hilera de los navíos, donde al cabo llegaron á fondear formando retaguardia. A las tres y media, en el momento en que el empe-

rador pasaba por delante del último navío de la línea, esta línea se vió instantáneamente rodeada de fuego y de humo. — Dos mil piezas de artillería resonaban simultáneamente en señal de adiós al que acababa de pasar la revista. Los fuertes se inflamaron á esta señal y en breve la apacible superficie de la mar se vió cubierta de un humo blanco sobre el cual no cesó un momento de distinguir la bandera imperial que flotaba en el palo mayor del buque que llevaba al emperador hácia Peterhoff.

El tiempo fué propicio á la solemnidad; la víspera habia llovido durante una parte del día, y mi regreso á San Petersburgo no tuvo lugar con la celeridad ordinaria, pues se ha-



Niños y niña tátaos del valle de Baidar.

bia levantado el viento del lago de Ladaga y oponia una fuerte resistencia á la marcha rápida del *Ateva*, á cuyo bordo iba.  
P. B.

**Crimea.**

**VALLE DE BAI DAR.**

Los dibujos que se ven en esta página están hechos por un sargento del ejército francés M. A. du Gravier, del 26 de línea que ya en otras ocasiones hizo envíos de dibujos y artículos publicados en nuestro periódico. La carta de envío está fechada en Montelimar el 6 de julio y dice lo siguiente:

Señor director: ¿tendría Vd. la bondad de recibir otra vez aun el modesto envío de un sargento que vuelve de



Aldea tábara y mezquita de Skelia.

Crimea y que ya le ha merecido igual favor anteriormente?

En abril último ya quiso Vd. publicar uno de mis dibujos (recepcion del general Niol por el effendi de Baga): pero no sé si los que mando hoy llegan en tiempo oportuno. Sea como quiera, hace algunos meses deseaba enviar algunos apuntes sobre los tátaos, pero en el valle de Baidar apenas podia hacer otra cosa que tomarlos en un pedazo de papel muy á la ligera; en este momento los acabo.

Y no obstante encontré allí una naturaleza verdaderamente pintoresca; me gustaban aquellos pobres diablos que vivian cerca de nosotros, y que en breve dejarán la Crimea. Me seducian la vista sus rústicas aldeas que todas se parecen; chozas de madera y paja, rodeadas de huertas



Interior de una casa tábara.

con cercado, y todo bañado por un arroyuelo y dominado por árboles seculares mas altos que el pobre pequeño minarete de madera de la mezquita; miserable mezquita cuyo humilde aspecto me causaba una tristeza llena de dulzura que nunca habia experimentado ante las grandes cúpulas de *Jeni - Djami*, *Sultan - Achmet* ó *Santa Sofia*.

Pero debe parecer singular un soldado desconocido que se entretiene en consignar sus impresiones de viaje. Por eso me apresuro á concluir, señor director. Dos palabras mas; cuando tenga Vd. un lugar vacante en sus columnas le agradeceré que inserte estos apuntes; pero si eso no pudiera ser, no dejaria por ello de congratularme por haber tenido ocasion de enviárselos.

A. G.

## Revista de Paris.

La « Gaceta de Paris » en su número del último domingo dió á sus lectores una carta inédita de M. P.-J. Proudhon que ha sido todo un acontecimiento literario. La epístola es curiosa: una antigua amazona del Hipódromo había llegado á caer en un estado de abatimiento profundo; nada podía distraerla, sus antiguas amistades la causaban un tedio invencible, sus antiguos placeres, la vida de disipación, de orgía continua á que se entregan las de su profesión, la era de todo punto insostenible, imposible. En esa posición desesperada, se la ocurrió una idea muy singular: dirigirse á un sacerdote para que cure las heridas del alma, á un médico para que alivie los dolores corporales, es propio de una persona vulgar; una amazona del Hipódromo debía apelar á otro medio, debía elevar una consulta á M. Proudhon. El autor de la « Propiedad es el robo, » lisonjeado con la preferencia respondió á la pobre pecadora una larga carta llena de consejos y de amonestaciones que, gracias á la « Gaceta de Paris, » hemos podido leer y admirar como un modelo de preceptos saludables para el alma y el cuerpo de una amazona del Hipódromo. En ella M. Proudhon aconseja como medio de ahuyentar el demonio primero el olvido de todo lo más seductor que hay en el mundo, segundo una higiene bien calculada para quebrantar el vigor de la carne, y por último el abandono completo de la literatura fútil, novelas, comedias y poesía y en su lugar la lectura de los grandes autores de historia, de ciencias y aun de filosofía. Se ignora si la consultante siguió la receta, pero lo cierto es que conservó la carta y envió una copia al periódico que la ha dado al público.

Pero hé aquí que esta publicación intempestiva no ha sido del gusto de M. Proudhon, que mandó la siguiente filípica al redactor de la « Gaceta de Paris »:

« Señor redactor: Esta vez me es imposible dejar de protestar contra el abuso que se hace de mis cartas, por un interés de curiosidad ociosa y reprehensible bajo todos conceptos.

« Una carta es un acto de la vida privada que nadie, ni siquiera la persona á quien se dirige, tiene derecho para entregar á la publicidad contra la voluntad del que la ha escrito. Semejante publicación constituye un verdadero abuso de confianza, una violación de la honradez.

« Entre el crecido número de cartas que llevo escritas creo que ninguna me causa más rubor que la insertada en su periódico; pero aquí no debo considerar yo la satisfacción de mi amor propio, sino los principios de la fe y de la moralidad pública. En último resultado, me quejo de un verdadero insulto, y agradecería á Vd. infinito que dejara Vd. pues de ser cómplice de él, señor redactor, en nombre de la benevolencia que siempre me ha manifestado.

« A pesar del retiro en que me encierro, aun recibo todos los días cartas de personas desconocidas que tratan de toda clase de asuntos. Tengo la costumbre de responder á todas ellas « in-promptu » según la inspiración de mi conciencia y de mi entendimiento, y con este sistema he podido á veces agradar á personas honradas y merecer su estimación que vale más todavía. Si luego me acontece ser víctima, á pesar de toda mi presencia de ánimo, de alguna burla, es un inconveniente inevitable de tal correspondencia; me resigno fácilmente y permito á los indiscretos que se rían de mi sencillez tanto como quieran. Pero usted, señor redactor, y sus compañeros de la prensa periódica me permitirán les diga una vez por todas que la única conducta conveniente que tienen que observar, es la abstención más severa.

» Paris 30 de agosto de 1856. P.-J. PROUDHON. »

Inútil será añadir que las dos cartas han sido copiadas por varios periódicos de Paris; por lo extravagante y por lo inoportuno el asunto merecía la gran publicidad que ha tenido.

Dos historias tenemos que contar esta semana, aunque sin nombrar los personajes como es costumbre de la crónica discreta. Hé aquí la primera que puede considerarse como un estudio de costumbres contemporáneas.

Durante los calores excesivos de la última quincena las pocas personas de mundo que por un motivo cualquiera no habían podido salir de Paris, abandonaron sus salones y adoptaron la moda de recibir sus visitas en los jardines. Hay casas, no sé porque no diríamos palacios, en ciertos barrios de la capital, que se prestan maravillosamente á tal uso. Hermosos parques, jardines á la inglesa, arboledas misteriosas, todo convida á sus felices dueños á dejar las sofocantes habitaciones y salir á respirar el aire libre, sin dar un paso fuera de sus propiedades. ¿Qué inconvenientes puede haber en que la tertulia se reúna sobre el césped y no sobre la alfombra? Ninguno; al contrario la noticia de semejantes recepciones ha tenido mucho éxito y ha dado algunos días más de existencia á las reuniones próximas á morir por sofocación. ¿Quién está en una sala cuando el termómetro señala más de treinta grados sobre cero? Se ha hecho en Paris en este mes de agosto lo que se hace en Sevilla todo el año; se ha vivido en los patios y en los jardines.

En una de estas reuniones de nuevo genero en Paris ha ocurrido un lance que pinta muy bien las costumbres de nuestro tiempo. Sabido es que en la alta sociedad las mujeres pasan la vida como separadas de sus maridos. Ellas tienen sus recepciones, sus visitas, sus noches de teatro y de tertulia, mientras los maridos pasan su tiempo en el club, deplorable costumbre de que se quejan amargamente

las parisienses. El miércoles último el baron de X... que no pensaba que su mujer tuviese gente, y que además le importaba muy poco, pues nunca se presentaba en los salones, se apea de su carruaje á las diez, de vuelta del bosque de Boulogne y entra en su círculo.

No hallando á nadie, el baron fuma un cigarro, abre media docena de periódicos sin leer ninguno, y viendo que no hay posibilidad de pasar un par de horas jugando, se decide aunque con pesar á meterse en su casa. Pero apenas entra en su cuarto cuando distingue una gran claridad en el jardín iluminado « á giorno. »

Ignorando lo que aquello significa baja y se encuentra en medio de un grupo de siete á ocho mujeres de las cuales solo una conoce, la suya. El baron saluda un poco cortado y acercándose á su señora la dice algunas palabras al oído y se retira con la misma cortadía con que había entrado en escena. Algunos instantes despues la baronesa que tiene el oído fino, oye al pié de un árbol la siguiente conversación entre dos de sus mejores amigas:

— Pero sin embargo, el aire que toma con ella es bien familiar.

— Muclisimo.

— ¿Has visto como se acercó, como la habló al oído?

— ¿Y la sonrisa de ella?

— Y no obstante decían que la baronesa es mujer de tantas virtudes.

— ¿Sabes cómo se llama?

— No seguramente.

— Es arrogante mozo. Pero no le hace, entrar así á tales horas sin sombrero... No me gusta.

— Condesa, dijo en aquel momento una vocecilla suave que salía de entre unos rosales; poco advertida soy; he olvidado presentaros mi... mi primo...

La condesa se sonrie mirando á su amiga.

— Mi primo, que es tambien mi marido, añadió riendo la baronesa.

La segunda historia trata de un casamiento, un casamiento en el mundo elegante, cosa rara en esta época del año.

Un jóven de buena familia y de una excelente posición social, debía casarse á mediados de agosto con una jóven heredera muy rica y muy bonita. Hasta aquí todo es bien natural y bien sencillo.

Desde hace algunos meses Ricardo S..., enamorado de la niña, estaba admitido en casa con mucha intimidad, tan adelantados se hallaban los proyectos conyugales. Con frecuencia iba tambien por las tardes á una hermosa casa de campo que ocupaban en las cercanías de Paris los padres de su futura.

Uno de los últimos domingos despues de una comida muy alegre en esa casa de campo, varios jóvenes proponen el juego de las cuatro esquinas. Al punto en medio de las risas cada uno de los jugadores se despoja del frac y principia el juego. Ricardo se contaba en el número de los jugadores. Poco á poco de empezada la diversion su bonita futura que le miraba con el mas vivo interés se pone pálida y se cae: todos corren á ella, la cogen, la llevan al salon, pero afortunadamente pasa pronto el desmayo, y en breve nadie se acuerda ya de tal accidente, que se atribuye al calor de la tarde.

Al siguiente dia como era de esperar el novio despues de su almuerzo se apresura á montar á caballo para informarse del estado de la salud de la querida enferma; mas desde aquel instante advierte con dolor una frialdad muy pronunciada en la jóven. Ricardo se sorprende, porque sabe que no es caprichosa, y que al contrario la igualdad de humor es una de sus cualidades más apreciables.

Todo son conjeturas. Sin embargo, se acerca la época prefijada para la union, y como en los proyectos de ambas familias no se ha trastornado ninguna cosa, Ricardo quiere disponer sus galas de novio; llama á uno de los primeros sastres de Paris y le encarga un frac á la última moda. El sastre le toma la medida, y apenas había principiado esta operacion, le pregunta:

— ¿Quiere Vd. que la espalda se ponga igual?

— Ciertamente.

— Entonces tendremos que poner bastante algodón en el lado izquierdo.

— ¿Y por qué?

— Para igualar.

— ¿Qué está Vd. diciendo?... Se creeria que soy jorobado.

— Jorobado no, pero tiene Vd. un lado más abultado que otro.

A esta revelacion repentina que confirma el espejo, Ricardo sale corriendo de su cuarto, sube á ver á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, riñe con todos, les acrimina que no hayan tenido la caridad de prevenirle su defecto, y metiéndose en un coche llega á casa de su futuro padre político para libertarle de su palabra, y entonces comprende la conducta de la novia desde la tarde de las cuatro esquinas.

La familia de la jóven estupefacta no sabia si el pobre Ricardo se había vuelto loco. Afortunadamente la principal interesada se hallaba presente á la sencilla confesion del triste jorobado. Su modo de obrar la enternece y tendiendo con presteza la mano á su futuro, le dice:

— Perdóname mi necia conducta. Yo quiero ante todo en mi marido un hombre de corazón y de talento, ya ves que no puedo aceptar lo que propones.

Y luego decimos que las niñas de nuestros dias no tienen nobleza, ni amor, ni elevacion de sentimientos: ¡Qué calumnia!

— MARIANO URRABIETA.

## GERIFALTE.

Por CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

Reina hizo una mueca y tomó un aire severo para obedecer al instinto femenino que prescribe desviar la conversacion despues de una confesion demasiado directa, aunque luego se vuelva á ella por otro camino.

— ¿Qué es lo que estabais haciendo cuando he llegado? le preguntó. Estabais tan ocupado que no me visteis venir. ¡Qué postura! Extendiais los brazos en el aire y hablabais solo.

— Pensaba en mi Reina adorada.

— Pero no hacia falta para eso que os dierais golpes en la cabeza con los puños cerrados; debiais haceros daño.

— ¡Mujer encantadora! gritó de repente el artista con voz apasionada y limpiándose los ojos.

— ¡Dios mío! os tengo miedo, si lo hubiera sabido no habria venido; tengo que volverme corriendo.

— ¡Ya queréis dejarme, Reina de mi corazón! No, no lo esperéis.

Y el artista principió una narracion amorosa.

— ¡Callaos, si os oyeran! puede pasar gente, dijo Reina mirando en su derredor. He dicho á mamá que iba al molino, á ver á mi tío, pero ese diablo de Lambertier me ha visto cuando entraba en el bosque. ¿Y qué voy á responder si dice que me ha visto? Este no es el camino del molino; con tal de que no me haya seguido, entonces estábamos frescos.

— Diréis que habeis venido á coger fresas ó avellanas, ó á oír cantar el ruisenor; pero ¿quién es ese Lambertier?

— Ya lo sabeis, el ebanista... el otro dia le habeis visto en casa.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó Marillac con cierto interés; ¿el obrero que han despedido del palacio.

— Justamente y han hecho bien, es un pícaro.

— El os habló de la señora de Bergenheim; repetidme, ayer entró vuestra madre en el momento en que empezabais... ¿Qué os ha dicho pues?

— ¡Oh! mentiras, de seguro; ¿quién va á creer lo que él dice?

— Pero en fin, ¿qué dice?

— ¿Y qué os importa lo que dicen de la baronesa? respondió la jóven con cierto despecho al ver que Marillac no se ocupaba de ella exclusivamente.

— Pura curiosidad. Os decia, pues, ¿que si contaba todo lo que sabe al baron, este le daría mucho dinero porque callara?

— Me dijo lo que me dijo; preguntádselo si queréis saberlo. ¿Por qué salís del palacio si no pensais más que en la baronesa? ¿Os habeis enamorado de ella?

— Yo no estoy enamorado sino de tí, Reina mia. — ¡Qué el diablo se la lleve! añadió para sí; ahora tiene celos; ¿y cómo hacerla hablar? Sí, exclamó en alta voz, estoy persuadido de que todo lo que dice Lambertier sobre ese punto es falso.

— ¿Quién lo duda? Aquí ya se le conoce; es un mala lengua que espía todo cuanto se hace y se dice para repetirlo que venga ó no el caso. ¡Dios mío! ¡con tal de que no forje una historia porque me ha visto entrar en el bosque!

— La señora de Bergenheim, continuó el artista con afectacion, está muy alta para que puedan herirla las calumnias de un tunante de esa especie.

Reina se mordió los labios sin responder.

— Tiene demasiadas virtudes para que nadie dé crédito á chismes tan absurdos.

— En cuanto á eso, lo mismo hay hipocresía en las damas de Paris que en las de otra parte, dijo la jóven con un tono agrídule.

— Ya está picada, pensó Marillac; bueno, pero tardará en hablar.

Y recalando con énfasis las palabras continuó diciendo:

— ¡La señora de Bergenheim es una mujer tan buena!... ¡tan hermosa!... ¡tan amable!

— ¡Oh! podeis decir que la amais y acabaremos más pronto, exclamó Reina sonriéndose bruscamente del brazo que la había tenido enlazada hasta entonces. — ¡Una señora que tiene coches con librea es una conquista regular!... en tanto que una pobre aldeana que no tiene más que su virtud...

Y bajó los ojos muy compungida sin acertar á concluir su frase.

— Bien, pronto hablarémos, pensó el artista.

— Pero no seréis el primero, repuso la jóven alzando la cabeza y tratando de disimular con la ironía su acerbo despecho.

— Esas son mentiras.

— ¡Mentiras! pues no lo son; Lambertier no ha mentado...

— ¡Lambertier no ha mentado! repitió como un eco una voz fuerte y bronca que parecía salir de la cavidad del árbol á cuyo pié estaban sentados los amantes. ¿Quién ha dicho que Lambertier es un embustero?

Y en el mismo instante el ebanista en persona salió de detrás del árbol donde se había ocultado hacia un instante, y apareció bruscamente en escena. Con su chaqueta de paño pardo al hombro derecho según su costumbre, y su sombrero gris de alas anchas metido hasta la oreja, vino á colocarse enfrente de la pareja estupefacta fijando alternativamente en cada uno de los infer-

locutores su mirada negra y penetrante y dejándola escapar de sus labios una sonrisa sardónica.

Reina lanzó un grito como si hubiera visto á Satanás que salía de la tierra á sus pies; Marillac se levantó de un brinco y tomó su látigo.

— Parecéis un hombre bastante insolente, exclamó haciendo resonar su voz de bajo; seguid vuestro camino.

— Aquí no hay camino, respondió el obrero con un tono que justificaba el epíteto que le habían aplicado; este es un terreno de todo el mundo y puedo estar en él como estais vosotros.

— Si no vuelves la espalda inmediatamente, repuso el artista poniéndose rojo de cólera, te corto la cara á latigazos.

— ¡Ja, ja, ja! exclamó Lambernier adelantando la cabeza con aire de desafío; mi cara se ríe de vuestro látigo como de nada; porque sois un señor y yo un obrero os figurais...

Esta vez no tuvo tiempo de acabar; un latigazo que le cruzó el rostro le cortó la palabra y le hizo á pesar suyo retroceder dos pasos.

— ¡Ahora veremos! gritó con una voz que parecía un aullido; pierda yo mi nombre si no salís bien escarmentado.

Y al decir esto arrojó sobre la yerba su chaqueta y sombrero, escupió en sus manos que frotó una contra otra, y tomó la posición de un atleta que se prepara á empezar la lucha.

A esta demostración amenazadora, la jóven que se había levantado, pálida de emoción, lanzó dos ó tres gritos inarticulados; pero en vez de lanzarse entre los combatientes echó á correr por la pradera y en breve desapareció por entre los árboles.

Aunque las armas de los dos adversarios no fuesen en apariencia muy propias para ensangrentar el césped, su continente tenía un no sé qué de marcial que habría hecho honor aun á los antiguos paladines.

Lambernier abrió de piernas según las reglas del arte para tales riñas y con los puños á la altura de los hombros, tenía cierto parecido con un gato de monte que se dispone á saltar sobre su presa.

El artista por su parte, con el busto echado atrás, el jarrete tendido, la barba metida hasta el bigote en el cuello de pieles de su levita, y el látigo bajo, seguía con atención todos los movimientos de su adversario. En el momento en que le vió avanzar con el puño cerrado, alzó el brazo y le aplicó un segundo latigazo, pero tan bien dado, que de nuevo el obrero tocó retirada frotándose los ojos.

— Ya no veo claro... pero ciego había de estar, que no se escapa.

Y llevando la mano al bolsillo de su pantalón sacó de él uno de esos grandes compases de hierro que usan los ebanistas, y abriéndole con presteza, le tomó por en medio de manera que se encontró armado con una especie de cuchillo de dos puntas que meneó con aire amenazante.

Marillac al ver esto dió dos pasos atrás, pasó el látigo á la mano izquierda, y armándose con su puñalito corso, se puso en posición de defenderse.

— Amiguito, dijo con aire resuelto, mi aguja es mas corta que la tuya, pero pica mucho mejor; si das un paso hácia mí, si levantas la mano, eres hombre perdido.

Al ver la firme actitud del artista, cuyas formas cuadradas aunque pequeñas anunciaban un vigor poco común, y á quien los bigotazos y el brillo de los ojos daban en aquel momento un aire bastante formidable, sobre todo al notar la hoja ancha y cortante del puñal, Lambernier se detuvo.

— ¡Qué diablo! exclamó Marillac conociendo que su actitud producía un efecto excelente, sois provenzal, pero yo soy gascón. Teneis la mano lista, camarada.

— Quién la tiene sois vos; me asesináis á latigazos como si fuera vuestro caballo... me habeis sacado un ojo: ¿os imagináis que yo tengo el pan cocido como vos y que no me queda otra cosa por hacer que decir tonterías á las muchachas? Yo necesito mis ojos para trabajar, ¡mil rayos! Porque sois un señor y yo un obrero...

Aquí no hay señor que valga, repuso el artista bastante satisfecho en el fondo al ver que la furia de su adversario se exhalaba en palabras y que su actitud perdía su carácter amenazador; al bolsillo el compás y marchó á vuestro trabajo.—Ahí teneis dos monedas de cinco francos, añadió entregándole en efecto ese dinero; lavaos los ojos con un vaso de vino y que no se hable mas del asunto.

Lambernier frunció las cejas y las bajó sobre sus ojos que lanzaron una mirada traidora. Vaciló un instante como si hubiera discutido en su interior lo que debía hacer y pesó las probabilidades de triunfo en caso de determinación hostil.

Después de algunos segundos de reflexión la prudencia se hizo superior á la cólera. Cerró su compás y le volvió á meter en su bolsillo, pero rechazó el dinero que le ofrecían.

— Sois bien generoso, dijo con una sonrisa amarga; cinco francos por cada latigazo: muchos conozco que á ese precio presentarían la mejilla dos veces al día, pero yo no soy de esos, no pido nada á nadie, me he batido en julio.

— Si Leonardo de Vinci hubiese visto la bola de ese tunante en este momento pensó el artista, no habría estado buscando tanto tiempo el tipo de Judas. Sin mi bonito puñal, ya sé lo que tenía que esperar; estoy seguro de que este hombre es asesino.

Peró como no tenía los mayores deseos de prolongar semejante conversación, el artista fué á desatar su caballo; no obstante; en el momento en que llevaba la mano á las riendas una idea súbita, le detuvo y volvió sobre sus pasos.

— Lambernier, le dijo, me arrepiento de haberos maltratado y quisiera repararlo. Me han dicho que os han despedido del palacio contra vuestra voluntad; yo tengo bastante amistad con el baron de Bergenheim para que pueda ofrecerme mis servicios; ¿quereis que le hable en vuestro favor?

El ebanista se había quedado inmóvil y con los ojos fijos en su adversario, cuando éste se disponía á montar; su fisonomía cambió de color, cuando se vió interpelado de nuevo y antes de responder meneó la cabeza dos ó tres veces.

— A menos de ser el diablo, dijo, os desafío á que hagais decir sí al baron cuando ya ha dicho no. Me han arrojado como si fuera un perro, está muy bien, al freir será el reir. Ese viejo bruto de Rousselet y el cochero de la señorita de Corandeuil son los que me han delatado; yo tambien podría delatar si quisiera.

— ¿Peró porqué os han despedido? repuso Marillac; sois entendido en vuestro oficio; yo he visto obras vuestras en el palacio; todavia hay cuartos por concluir, y es preciso que hayán terminado razones graves para no emplearos en un momento en que debian necesitaros.

Han dicho que yo hablaba con la doncella Justina, y la señora ha sido causa de que me despidan. Estaba en su derecho, ¿no es verdad? como yo estoy en el mio para hacerla que se arrepienta.

— ¿Y como eso? preguntó el artista cuya curiosidad que la señorita Reina no había podido satisfacer se hallaba mas y mas excitada, ¿qué podeis tener de común con la señora baronesa?

— Porque ella es una señora y yo soy un obrero.... eso no impide que si yo pudiera deshazarla solamente dos palabritas al oido, estoy seguro de que me daría mas monedas de oro que las que he ganado yo en cobre desde que trabajo en su casa.

— ¡Diablo! yo en vuestro lugar no tardaría mucho en decirle esas dos palabritas.

— Para que me arrojen de allí á puntapiés esos holgazanes con traje de cangrejo. No, no; yo tengo mi plan, y al freir será el reir.

Y al repetir este proverbio el obrero se sonrió con su risa sardónica.

— Lambernier, dijo el artista con un tono muy serio, me han hablado ya de ciertos dichos muy extraños que se os han oido en estos dias últimos. ¿Sabeis qué la ley castiga á los calumniadores?

— Y cuando se prueba lo que se dice ¿es una calumnia? exclamó el ebanista con tono firme.

— ¿Peró qué es lo que probariais? exclamó bruscamente Marillac.

— ¡Qué diablos!... Bien lo sabeis, que el señor baron...

— No acabó la frase, pero se llevó la mano á la cabeza y con un ademán grosero acabó de explicar su idea.

— ¿Y lo probaréis?

— Delante de la justicia, si es preciso.

— Delante de la justicia no os produciría mucho; pero si quereis poner punto á vuestros cuentos, no abrir la boca sobre esto á quien quiera que sea, y darne á mí, á mí solo, la prueba de que hablais, os la pago diez monedas de oro.

Lambernier miró fijamente al artista con una mirada singularmente penetrante.

— Con que necesitais una señora y otra campesina, una casada y la otra doncella, dijo con tono irónico; ¡pobre Reina si lo supiera!

— ¿Qué estais diciendo?

— Mas malicioso sois que yo.

Y los dos hombres se miraron en silencio tratando mutuamente de adivinar sus pensamientos, que sin embargo, no comprendieron perfectamente, si bien es posible explicar aquí de un modo mas claro.

— Otro amante de la señora baronesa, pensó Lambernier con la insolencia típica de su carácter; si le digo lo que sé mi venganza estará en buenas manos para que yo tenga precisión de exponerme.

— Este cazurro parece muy diplomático, se dijo por su parte Marillac, pero como es vengativo no tardará en explicarse.

— Diez moneditas de oro no se encuentran así como se quiera, repuso el ebanista al cabo de una larga pausa: dentro de una semana me las daréis.

— Me probaréis.... lo que me habeis dicho, respondió Marillac titubeando un poco y sonrojándose á pesar suyo del papel casi odioso que hacia en aquel momento.

— Peró, se dijo en su interior para tranquilizar su conciencia, si ese tunante sabe en realidad alguna cosa que pueda comprometerla, mas vale que sea yo quien compré ese secreto que otro cualquiera. No abusaré, y quizás podré hacer un servicio á esa señora. ¿No es propio de un hombre galante el consagrarse á la defensa de la hermosura imprudente y amenazada?

— Os traeré la prueba, dijo el ebanista.

— ¿Y cuando?

— Encontraos el lunes á las cuatro de la tarde en la encrucijada de los caminos, cerca del bosque del Cuerno.

— ¿A la extremidad del parque?

— Sí, un poco mas arriba de la roca del Vado.

— Estaré; hasta entonces no diréis una palabra á nadie?

— Seguramente; me comprais mi mercancía.

— Y aquí está la señal, respondió el artista.

Y le entregó las monedas de plata que aun tenía en la

mano; Lambernier las guardó esta vez en su bolsillo sin hacer ninguna observación.

— El lunes á las cuatro.

— ¡El lunes á las cuatro! repitió Marillac montando á caballo y saliendo á escape como si tuviera grandes deseos de alejarse de su interlocutor. Cuando llevaba ya un buen trozo de camino volvió la cabeza y distinguió al obrero que continuaba aun inmóvil al pie del árbol.

— Ese tunante, dijo para sí, acabará en presidio... he concluido con él un tratado infernal, pero yo me lavo las manos: de dos cosas una, ó Gerifalte es víctima de una coqueta ó su amor está amenazado de una catástrofe; en todo caso soy su amigo y debo aclarar este misterio para que se ponga en guardia.

Por su parte Lambernier decía así viendo al ginete que se alejaba:

— Muy necio seria yo si no quisiera tomar el dinero que me ofreces; pero has de saber, mozaivete, que eso no paga tus latigazos, y así cuando hayamos ajustado las cuentas del palacio, entraremos con las tuyas.

Al decir estas palabras llevó la mano al bolsillo donde había metido su compás y luego emprendió lentamente el camino de la Halcotería.

## XII.

Las visitas anatematizadas de antemano en la conversación de los dos amigos llegaron muy temprano al palacio, según se acostumbra en las aldeas donde se come por la mañana. Desde su cuarto donde había permanecido como Aquiles bajo su tienda, Gerifalte vió desfilar sucesivamente por la arboleda una media docena de berlines y carruajes descubiertos que traian cuando ménos el número de convidados anunciado por Marillac.

Poco á poco los recién llegados se fueron mostrando por grupos en los jardines. Octavio distinguió á su amigo entre la gente mas bulliciosa de la fiesta. Durante este tiempo la señora de Bergenheim hacia los honores de su casa á las madres y á las mujeres que abandonaban las diversiones de las niñas guiadas por Alina, prefiriendo un paseo pacífico por las calles de árboles del parque.

El baron por su parte explicaba sus proyectos de mejoras á algunos hombres de fisonomía industrial ó agrícola que parecian oírle con interés aunque reservándose el desquite.

Por último, tres ó cuatro habían tomado posesion de la mesa de villar, en tanto que la parte venerable de la sociedad se había quedado en el salon cerca de la señorita de Corandeuil.

— ¿Me prestas un pantalon blanco; exclamó de repente Marillac entrando en el cuarto de su amigo á la primera campanada que anunciaba la hora de comer.

Una enorme mancha verde en una de sus rodillas hacia superflua toda explicación sobre la necesidad del préstamo.

— No pierdes un instante, respondió Gerifalte después de haber abierto un cajon de la cómoda: ¿cuál de esas beldades campesinas ha tenido la honra de verte á sus pies?

— ¿Qué? Me han hecho tirar de un carricoche en que iban todas; al diablo las mozelas, no me cogerán en otra. Tu egoismo es mil veces preferible. — A propósito, la señora de Bergenheim acaba de preguntarme hace poco, con un airecito un tanto burlesco, si estabas malo y si no bajarías á comer.

— ¡Ahora está irónica!

— Así me ha parecido. Esa mujer se sonríe de un modo que no debe ser muy cómodo para su interlocutor. No soy tímido, pero preferiria hacer yo solo una comedia en tres actos, antes que verme obligado á dirigir una declaración si la viese con esa sonrisa endemoniada en la boca. Tiene un modo de sacar el labio inferior... ¿Peró sabes que eres muy delgado? Me permites que dé un tijeretazo á tu pantalon en la cintura? No me seria posible bailar tan apretado.

— ¿Y el secreto que debias revelarme? interrumpió Octavio con una sonrisa que parecia anunciar una seguridad perfecta.

Marillac tomó un aire grave al mirar á su amigo y luego se echó á reir con cierta violencia.

— Dejarénos para mañana los asuntos serios, respondió. Lo esencial hoy es mostrarse amable. La señora de Bergenheim me ha preguntado si tendríamos la bondad de cantar algunas piezas; yo me incliné por tí y por mí. No supongo que los indigenas de este valle hayan oido nunca el dúo del *Mose* con los górgoritos á lo Tamburini:

Palpito a quello aspetto,  
Gemo nel suo dolor.

Si prefieres el del *Barbero*, le cantarémos, aunque ya tiene fecha.

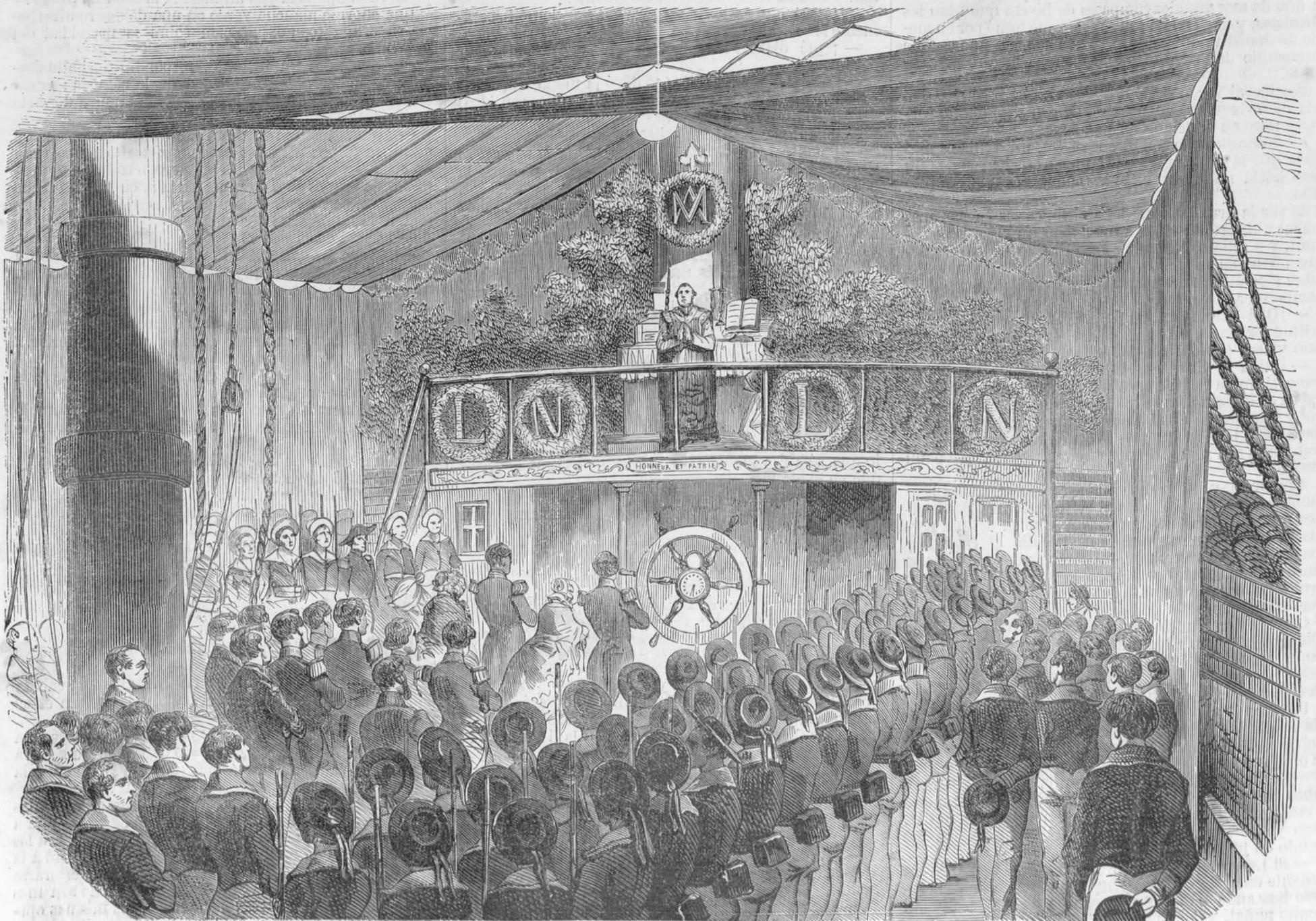
— Todo lo que gustes, pero no me rompas la cabeza de antemano. Quisiera que el baile y la música estuvieran ya en el fondo del rio.

— Enhorabuena, pero no la comida; he echado una ojeada por el comedor y te aseguro que el banquete será exquisito. Vamos, vamos, todo el mundo está en la mesa.

Está lejos de nosotros aquella época en que París y las provincias formaban dos regiones casi extrañas una á otra; hoy, gracias á la rapidez de comunicaciones, á las importaciones de todo género que llegan del centro á la circunferencia sin haber tenido tiempo de deteriorarse en el camino, París y el resto de la Francia no son mas que un campo inmenso apasionado de las mismas opiniones, sujeto á iguales modas con las mismas ideas y antojos. (Se continuará.)



Fiesta del 15 de agosto de 1856. — Te Deum cantado en la iglesia de Nuestra Señora de Paris.



Celebracion de la fiesta del 15 de agosto á bordo.



# NAPOLÉON III.

S. M. el emperador Napoleon III, copia del retrato ecuestre de M. Horacio Vernet, existente en el salon de la Paz en el Hotel de Ville.

## Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JULIO ARBOLEDA.

La república de la Nueva Granada ha sido ricamente dotada por la mano de la Providencia: su bella capital, saludada á lo lejos por la estentórea voz del Tequendama, está situada á una altura de 8.000 piés sobre el nivel del mar: ella se reclina muellemente al pié de dos altos cerros, que la prestan su sombra y la defienden de los vientos del Este, y que en la mañana la acarician con los primeros rayos del sol que se levanta tras de sus cimas desiguales. Al frente de la alegre y docta Bogotá, se extiende una dilatadísima *sabana*, cuyo fértil suelo está llamado á proveer con sus ricos frutos, no solo á las comarcas del interior, sino también á las de la costa; y á ver ensanchado el cambio de sus productos por los productos de lejanos pueblos.

Cada una de las otras provincias de esa república tiene su riqueza particular; y por todos los ángulos de esa nación se encuentran los climas mas variados y en general los mas sanos. Caudalosos rios cruzan su suelo, y le ofrecen espaciosas y expeditas vias para el desarrollo de su comercio. Contrastan con sus valles sus montañas; y los flancos de estas guardan riquezas inmensas. Las aguas que se filtran al través de las enormes rocas, ó que lentamente corren por estrechas cañadas, llevan á los lechos de los rios que van á formar, polvos no de arena, sino de oro. El Sur es rico en minas de oro y en depósitos de platina; el Norte, en minas de hierro; la parte occidental del Istmo abunda en lavaderos de oro y en minas de cuarzo, tan ricas, si no mas, que las de Antioquia; Panamá y Rio-Hacha ofrecen hermosas perlas; Muso es afamado lugar por sus esmeraldas tan grandes y tan limpias; y las Bocas del Toro bien pronto tendrán renombre por sus minas de carbon de piedra, que según resulta de las últimas exploraciones pueden suministrar tan precioso combustible con un 50 % ménos del mas barato que hoy se conoce, y de mejor calidad aun que el de Liverpool.

Café, azúcar, cacao, maíz, quina, trigo, tabaco, añil, maderas de construcción, palos de tinte, resinas, bálsamos,—en fin, cuanto enriquece á la América, se encuentra en la Nueva Granada. Además, ella se avanza elegante y majestuosa por un lado hasta el Pacífico, por el otro hasta el Atlántico,—y ofrece la mas estrecha garganta para comunicar con los dos mares.

Los neo-granadinos son leales, hospitalarios, valientes, celosos de su honor, ricos en dotes intelectuales como en prendas morales. Son hermosas las mujeres de esa tierra, llenas de gracias, sensibles, fieles y siempre dignas.

A pesar de los esfuerzos de los demagogos por pervertir al pueblo de Nueva Granada, apénas han logrado extraviar á unos pocos artesanos; pero la mayoría de estos lucha contra la propagación de las doctrinas disociadoras. Un hecho basta para probar la índole y el carácter de ese noble pueblo: — los caudales públicos son enviados de una provincia á otra separadas por grandes distancias, — y el conductor de esos caudales no lleva mas armas que una lanza cubierta de orín; y á pesar de esto, duerme pacíficamente y sin sobresalto en medio de pequeñas poblaciones, y algunas veces en el despoblado; sin que hasta ahora haya ocurrido novedad alguna. Una vez sola fué atacado el conductor, pero no lo fué por las gentes del pueblo, sino por cuatro ó cinco individuos de esos que se llaman caballeros porque visitan fraque, gastan guantes de cabritilla y calzan botas de charol; gentes de esas que se encuentran en toda sociedad, que habiendo descendido del puesto que ocupaban, se lanzan á cometer toda especie de excesos. Sin embargo, todo lo robado se recobró prontamente.

La Nueva Granada cuenta con un gran número de hombres que se han ilustrado en las ciencias, en las artes, en la política, en la literatura, en la guerra; tiene filósofos, poetas, estadistas, historiadores, etc. La historia de esta nación registra actos del mas sublime heroísmo. Provincias hay como Cartagena, que por sus altos hechos en tiempo de la guerra de la independencia, nada tienen que envidiar ni á Sagunto ni á Maguncia. Algunos de los neo-granadinos han sobrepasado en virtud y patriotismo á los mas patriotas hijos de la antigua Roma: Catón se dió la muerte cuando la última hora de la libertad había sonado para su patria; pero su muerte fué estéril. RICARTE, al sacrificarse en el fuerte de San Mateo, por impedir que el enemigo se apoderase del depósito que se le habia confiado, cometió un acto de verdadera abnegación — dió su vida por salvar la de sus conciudadanos, y por impedir la ruina de la causa santa de la independencia, ó, al ménos, por no retardar sus triunfos. Murió heroicamente y con fruto para su patria. — Mujeres ha habido en esa valiente nación, que por sostener la libertad de su país, han marchado impávidas al cadalso, entonando himnos patrióticos: — tal fué POLICARPA SALABARRIETA.

Si la Nueva Granada tuviera con tantos hijos ilustres en todo género: si no contara con nombres tan célebres como los de Camilo Tórres, Cálidas, Mútz, Zea, Nariño, Ricarte, Juan de Francisco Martín, Cuervo, Rafael Mosquera Santander, Madrid, Pombo, García del Rio, etc.: bastarian cuatro de los que han brillado en estos últimos tiempos, para darle alto renombre. — Esos preclaros varones son: — el malogrado arzobispo de Bogotá, Sr. Dr. MANUEL JOSÉ MOSQUERA, de quien hemos hablado en otro periódico, y de quien hablaremos aun por ex-

tenso en este. El nombre de ese pastor tan santo, tan ilustrado, tan sensible, tan dado á sus deberes, tan lleno de caridad, se ha hecho respetable entre las naciones mismas de la Europa: el mundo católico lo cuenta entre sus mas puras y brillantes glorias. — JOSÉ EUSEBIO CARO, acerca del cual hemos escrito algo en la parte política de « El Correo. » MARIANO OSPINA, de quien mas tarde trazaremos su biografía. JULIO ARBOLEDA, acerca del cual vamos hoy á escribir algunas líneas.

Pero antes de hablar de tan célebre personaje, se hace necesario decir dos palabras acerca de su padre; al enumerar las virtudes de este, hallaremos la legítima filiación de las virtudes de aquel: las leyes de la solidaridad y de la reversibilidad se presentan las mas de las veces con caracteres sorprendentes. Oigamos pues lo que el hijo nos dice de su padre y en general de su familia, en un escrito elocuente y animado por los mas bellos sentimientos.

Antes de copiar algunos trozos de ese escrito, se hace necesario decir, que Arboleda lo publicó en una época bien aciaga para su patria: el año de 1850 iba á terminar, y la bandería que se habia adueñado del poder, por medio de la coacción ejercida á mano armada sobre el Congreso nacional, empezaba á desarrollar completamente su programa de persecución y de sangre; á tal grado llegaron los excesos cometidos entónces por una turba sin principios y sin conciencia, que en Europa misma se alarmaron las personas que se ocupan en la política; *El Anuario de los dos mundos*, la *Prensa*, *El Siglo*, y varios otros periódicos y revistas de París protestaron contra tamaños atentados, y protestaron en nombre de la moral y de la civilización. Al ver Julio Arboleda que en su patria habia expirado la libertad,— que al reinado de la ley sucedía el horrible despotismo de una ocleracia enfrenada dirigida y protegida por ciertos hombres de espada y algunos pocos tribunales á lo Clodio; al ver que no habia libertad de imprenta, ni de elecciones, ni de asociación; que se asesinaba á los buenos á la faz del día; que se incendiaban las propiedades de los conservadores; que se cometían las mas grandes tropelías con las matronas y las vírgenes... al ver todo esto, él, amante de su patria hasta el delirio, dotado de un corazón noble y una alma grande, quiso ensayar por última vez si la reacción podría verificarse por medio de la prensa, y, al efecto, publicó en *El Misófito*, cuya redacción continuaba á pesar de las asechanzas que se le ponían, una bella carta dirigida á los periódicos ministeriales, y en la cual hacia una recapitulación de las violaciones hechas á la Constitución y á las leyes, por los mandatarios del 7 de marzo, y ponía de manifiesto todos los males causados por ellos á la nación en su honra y en sus intereses, etc. etc.

El que así hablaba, no era uno de esos hombres que se elevan como las aristas en tiempo de tempestad y que medran, á fuerza de ser audaces, en medio de las agitaciones y de las luchas de los partidos: era un ciudadano bien conocido por sus luces, su valor, su caudal, y su familia,— familia de alta alcurnia, y que todo lo habia abandonado por sostener la independencia de su país natal. Arboleda decía así en su escrito:

« En la parte primera, trataré la cuestión mas árida y difícil para todo hombre de honor y vergüenza, mas florida y abundante para todo mentecato, la cuestión personal: y la trataré porque me interesa ser creído como profundamente afectado por los riesgos que corre la libertad de mi patria; y como nadie ha de saber quien soy yo, y si alguien lo sabe no ha de tomarse el trabajo de decirlo; me ha parecido oportuno dar á conocer al defensor de la libertad, para que se pueda juzgar de la sinceridad con que la defiende.

« Cuando la causa de nuestra independencia no estaba aun asegurada, el Libertador Simón Bolívar exigió un servicio importante de un ciudadano. Era este un joven que á la sazón estaba postrado por la fiebre; pero su entusiasmo era superior á todo: llama, pues, á un médico; representale la necesidad que tiene de ponerse en camino inmediatamente. El médico le dice: « Puedo hacer que la fiebre desaparezca y que Vd. cumpla su deseo; pero despues sufrirá Vd. tormentos indecibles, y de su vida no puedo responder. » — « Estoy resignado, contestó el enfermo; sirva yo ahora, y haga el Señor lo demás. » El joven tomó arsénico; cumplió su deber para con la patria; sufrió tormentos horribles, y murió á consecuencia del fatal remedio, en la flor de su edad, en tierra extraña, y dejando dos huérfanos en el mundo. El nombre de aquella víctima de la libertad era Rafael, su apellido Arboleda. Yo soy uno de los dos huérfanos.

« Soy nieto de aquel Manuel de Pombo, cuyo nombre podeis buscar, si lo ignorais, en los fastos de nuestra gloriosa revolución contra la metrópoli española.

« Soy sobrino de aquel Miguel de Pombo, cuya sangre derramada en la plaza de Bogotá, por D. Pablo Morillo, fecundó el suelo de la libertad.

« Francisco de Ulloa, ese joven gallardo, que traducido ante el tribunal de sangre de los pacificadores con el dictador Mazuera, dijo: — « Este hombre nada hizo, nada pudo hacer: el responsable de todo soy yo: vengaos en mí: » ese Ulloa, que murió tambien por la libertad y por su palabra, y cuya digna familia, ántes opulenta, ha dejado la República en una espantosa mendicidad; — ese Ulloa era mi primo.

« Francisco José de Cálidas, el varón sabio y justo que mató la tiranía, era mi tío.

« Fidel de Pombo, Domingo Arboleda, muertos ambos en las campañas de nuestra gloriosa independencia, eran mis tíos.

« Sobre las playas del Atlántico, se eleva una ciudad, cuyas murallas famosas resisten hoy á los embates del

tiempo y del desgobierno, como resistieron ántes al furor armado de las huestes con que España oprimió sus aguas, y pobló sus riberas. Esa ciudad tuvo algunos rivales en opulencia, pero no ha encontrado aun rival en desgracia ni en heroísmo. El año de 1815 contiene su desdicha y su panegírico. Cuando el hambre y la muerte franquearon á los pacificadores las puertas de aquel asilo de la libertad, hubo en él hombres y mujeres, que mas eran cadáveres que seres vivientes, que se arrojasen en barquillas frágiles, y buscasen la libertad entre las ondas, la muerte entre las balas enemigas ántes que la vida en la sumisión. De ese número fueron varios parientes míos, y entre ellos, una jóven, que arrojada en playa solitaria con sus compañeros de infortunio, despues de sufrir tormentos que la pluma se resiste á escribir, murió de hambre: llamábase Ana: era mi tía.

« Antonio Arboleda, en fin, y los demás hijos de Popayan, que padecieron y murieron por la libertad, cuyos nombres son los últimos títulos de gloria con que cuenta esta pobre ciudad perseguida y arruinada: todos, ó casi todos eran parientes míos. Cuando sus propiedades eran saqueadas; cuando ellos consumaban sus nobles hechos; cuando sus cabezas rodaban, al golpe del hacha desapiadada del verdugo, los liberales que hoy nos gobiernan, ó los denunciaban ante sus amos, ó ayudaban á sus asesinos.

« Ya veis, pues, señores, qué especie de sangre corre en mis venas; y si ereeis en la influencia de las razas, si teneis el menor conocimiento del corazón humano, podeis deducir fácilmente, cuáles serán mis simpatías por la tiranía. »

El padre del poeta y estadista neo-granadino de quien vamos hablando,— el Sr. D. Rafael Arboleda y Pérez, fué uno de aquellos varones á quienes la naturaleza se complace en prodigar sus mas preciados dones. Raros talentos, valor á toda prueba, elocuencia seductora, número poético, sensibilidad exquisita, y un corazón generoso y magnánimo: todo eso se hallaba en él en alto grado. Educóse á sí mismo, y alcanzó no solo gran reputación literaria, sino que sobresalió en los mas difíciles ramos de las ciencias exactas; habiendo dedicado á la adquisición de vastos y útiles conocimientos una parte no pequeña de su pingüe patrimonio, pues era uno de los hombres mas acaudalados del vireinato. Murió tan estimable caballero á la edad de 31 años, víctima heroica y voluntaria de su amor á Colombia.

La madre de Julio Arboleda, la señora doña Matilde Pombo y O'Donnell, pertenece á una de las principales familias de Nueva Granada, y es prima hermana del conde de Lucena; á la circunstancia del nacimiento no damos tanto valor como á lo que constituye el verdadero mérito: las prendas del alma y del corazón; esa señora es tan admirada en su patria por su ardiente caridad y costumbres severas, como por sus bellos talentos y su profunda instrucción; es una de las matronas que mas honran el suelo neo-granadino.

Hemos presentado á Julio Arboleda como escritor aun ántes de citar la fecha de su nacimiento; excusada esta singularidad, continuaremos el orden lógico de estos someros apuntes.

JULIO ARBOLEDA nació en las márgenes del rio Timbiquí, cantón de la provincia de Barbacoas en la república de la Nueva Granada, el día 9 de junio de 1817.

Los padres de Arboleda tuvieron la voluntad y los medios de dar á su hijo una educación esmerada: Ambos inculcaron en el corazón del niño aquellos bellos sentimientos de honor, delicadeza y generosidad, cuyas semillas cayendo en un buen terreno, han sido fecundas en frutos tan escogidos. En el año de 1828 trájole su padre á Inglaterra y púsole bajo la dirección de un caballero irlandés educado en Salamanca, el cual, ayudado de hábiles profesores, impulsó el desarrollo intelectual del joven neo-granadino. Tan rápidos fueron los adelantos de Arboleda, que á la edad de catorce años, ya era contado entre los mas distinguidos corresponsales del *Mechanic's Magazine*, periódico científico que por aquel entónces se publicaba en Londres; y en cuyas columnas se encuentran interesantes producciones del joven americano. Arboleda continuó sus estudios en la Universidad de Londres; luego pasó á Paris, y frecuentó los principales colegios de esta ciudad, centro del pensamiento; y aquí como allá, supo captarse el amor de sus discípulos y la alta estimación de sus maestros, quienes presagiaron el brillante porvenir de su discípulo.

Terminado que hubo sus estudios, pasó á recorrer las mas notables ciudades de la Europa, deteniéndose principalmente en las de Italia, cuya historia, bellezas y monumentos deseaba examinar y estudiar con suma atención. Circunstancias particulares, y una sobre todas muy dolorosa, — la muerte de su padre, le obligaron á regresar al país natal; al cual llevaba como Goethe al suyo despues de su viaje por Italia, un caudal inmenso de luces y de conocimientos útiles.

Arboleda se perfeccionó de tal manera en el inglés, el francés y el italiano, que para él es tan fácil versificar en cualquiera de estos tres idiomas como en español; además, posee bastante bien el latin.

Arboleda está muy familiarizado con la literatura de las grandes naciones, y principalmente con la inglesa, la italiana, la francesa y la española. Es increíble la facilidad con que recita cantos tras de cantos de la *Jerusalén libertada*, y del *Don Juan*. Parece que el poeta neo-granadino tiene predilección por el Tasso y por Byron. Sus conocimientos no son solamente literarios: los tiene muy profundos en matemáticas, en física, en historia, en ciencia constitucional, en derecho administra-

tivo, en economía política, en derecho internacional, etc., etc.

Poeta de verdadera inspiración, apenas volvió á la casa paterna emprendió un trabajo serio — un poema épico intitulado «GONZALO DE OYÓN», del cual se han publicado algunos fragmentos que han sido muy aplaudidos en América. En esta ciudad vieron algunos de esos fragmentos los señores D. Francisco Martínez de la Rosa y D. José Zorrilla, y ambos literatos tributaron grandes elogios al autor. Este trabajo, según la expresión de uno de los poetas citados, hará que la literatura española tenga al fin un poema épico que merezca tal nombre. El asunto de la obra es eminentemente americano; y todo lo que de ella hemos visto, abunda en bellísimos cuadros, en pensamientos sublimes, en imágenes valientes; su estilo es á veces varonil, á veces pintoresco, — su dicción siempre pura y su versificación armoniosa y galana. Según el sistema que seguimos, mas adelante expondremos el argumento del poema, y transcribiremos algunas de sus magníficas estrofas.

Varias poesías fugitivas impresas por aquel tiempo en periódicos neo-granadinos y reimpresas en los diarios de otras muchas repúblicas Sur-americanas, evidenciaron el número poético de Arboleda, quien desde entonces ha sido contado entre los primeros bardos americanos. Así, el joven neo-granadino, «como la mayor parte de los bellos ingenios de todos los siglos, Colón, César, Cicerón, Montesquieu, J. J. Rousseau, Chateaubriand, comenzó por cantar ántes de pensar. La música de los versos precede en el hombre á la elocuencia, porque las fuertes impresiones del alma preceden en él al vigor del razonamiento.» Como veremos en el curso de este artículo, los versos de Arboleda son dulces como la miel del Himeto, y sus pensamientos rimados descubren un alma llena de fuego y un corazón adornado de los mas bellos sentimientos. Arboleda tiene en alto grado el sentimiento de lo bello, de lo bueno, de lo grande y lo sublime; y sus producciones tanto en verso como en prosa llevan ese sello de grandeza y de originalidad que saben imprimir á sus obras los ingenios legítimos. A las poesías del bardo neo-granadino, se les puede prometer la inmortalidad en los mismos términos en que Ovidio lo hacía con respecto á las poesías de Lucrecio:

«Carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti,  
Exitio terras quum dabit una dies.»

Con tanta mas razón se puede aplicar á Arboleda ese magnífico elogio, cuanto que Lucrecio, imbuido en las doctrinas de Epicuro, todo lo impregnaba de materialismo; mientras que aquel es uno de los poetas mas espiritualistas de que tengamos conocimiento. Los versos de Lucrecio, apesar de «su abundancia de imágenes fuertes y graciosas y de una sensibilidad, que, aunque materialista, es verdadera, conmovedora y expresiva, han sido censurados por esa rudeza y descuido que á veces se nota en ellos;» mientras que los de Arboleda son siempre correctos, armoniosos, finos y delicados.

Por la misma época principió ese estudio profundo y filosófico de la lengua castellana, que ha continuado haciendo despues con suma constancia; y al cual debe, en gran parte, su fácil y armoniosa pronunciación, el conocimiento que tiene del valor exacto de las palabras, la elegancia que da á sus giros y la rotundidad á sus períodos, — todo lo cual ayudado de un órgano sonoro y poderoso con que le dotó la naturaleza, hace que los pensamientos que expresa, si mpre elevados y generosos, tengan un atractivo irresistible.

Mas no fueron solamente tareas literarias á las que se consagró el poeta. Activo, infatigable, lleno de amor por su patria, puso al servicio de ella sus talentos: empezó por dar lecciones gratuitas sobre diferentes ramos del saber humano, á los jóvenes que asistían á la universidad del Cauca. Al mismo tiempo, comprendiendo que por sus luces y su posición estaba llamado á servir algunos destinos onerosos, en cuyo desempeño se necesitaba estar al corriente de las leyes del país, comenzó un estudio concienzudo de la legislación española y de las modificaciones introducidas en ella por las leyes de la República.

Por la misma época redactó sucesivamente *El Patriota* y *El Independiente*, periódicos que fueron calorosamente aplaudidos en la Nueva Granada, y en los cuales se revelaron las altas miras políticas del escritor. No solo la política, sino las ciencias y la literatura llenaban las columnas de esas interesantes publicaciones.

Redactaba Arboleda *El Independiente* allá en el año de 1839, cuando los signos precursores de una borrasca se dejaron ver en el horizonte político. José M. Obando, el constante trastornador de la tierra neo-granadina, ciego de rabia por no haber obtenido la presidencia de la República, azuzó á los suyos para que se levantasen en armas contra el gobierno legítimo de su país; y mas tarde fué él mismo á ponerse á la cabeza de los sublevados, para escapar así al juicio que se le seguía por haber ordenado el asesinato del gran mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

Desde que la revolución asomó, Arboleda hizo oír un terrible anatema contra los que así iban á desgarrar el seno de la patria, por satisfacer bastardas pasiones; calculó las consecuencias económicas de esa bárbara guerra, con una precisión y exactitud que pasaban; y excitó al gobierno á continuar una política tolerante, á no desviarse jamás de la senda que le trazaba la ley, y á proceder con energía en el restablecimiento del orden público. Al mismo tiempo manifestaba á los gobernantes la necesidad imperiosa en que estaban de empre-

der mejoras en la minería, en la agricultura y en varios otros ramos de la industria del país; distinguiendo con severa lógica y suma maestría la parte que en tales empresas debe tocar al gobierno y la que debe dejarse á los particulares. Sobre estos puntos es muy recomendable su escrito intitulado: *Minería = Agricultura = Industria*, inserto en *El Independiente*.

La revolución tomó cuerpo. Un partido que se dice liberal, y que siempre ha corrido en pos de gentes de espada y lanza, para tributarles su adoración, prestó su apoyo sin reserva alguna al soldado nulo que pretendía derribar al magistrado civil, y sustraerse al fallo de la ley. — Los malos se lanzaron al combate: á contrarrestarlos corrieron los buenos. Julio Arboleda, el enemigo acérrimo de la guerra, el hombre mas acaudalado del Sur de la República, — fué uno de los primeros en recoger el guante. A la sazón, el joven requería de amor á una inteligente y virtuosa señorita, que hoy es su esposa; ella se oponía á la partida de su bien amado; pero él, buen patriota y poeta gentil, la dice que para merecerla es preciso *virtud y gloria tener*; y sin vacilar, rehúsa aceptar un reemplazo en la guardia nacional; anima á sus compañeros á que partan con él; deja pensiones de sus propios fondos á las familias de los mas necesitados; se empeña en hacer tomar sus caballerías á los que mas débiles ó enfermos le parecen; y marcha, llevando un fusil al hombro, para las tierras abrasadoras é insalubres que separan la provincia de Popayan de la de Pastó.

Antes de partir, Arboleda dirigió al digno dueño de su corazón unos versos tiernísimos, y en los cuales campean los sentimientos mas nobles y caballerosos. En casi todos los momentos solemnes de su vida, Arboleda ha asociado en uno, tres pensamientos — todos tres grandes y elevados — la patria — su madre — su esposa; tres de esos que Víctor Hugo llama pensamientos del corazón. El poeta neo-granadino jamás ha hecho poesía alguna de *largo aliento*, sin que su lira deje de producir alguna bellísima estrofa dirigida á su madre y á su esposa. Bien pudiera nuestro bardo decir á la manera de Shakspeare: —

Never durst poet touch a pen to write,  
Until his ink were temper'd with love's sighs.

Pero veamos algunas de tan delicadas estrofas:

Si, parto! Oye la trompeta  
Y el atambor resonando:  
Ambos me llaman votando  
A los peligros. — Adios!  
No me detengas: respeta  
La voz del clarín. — Mi suerte!  
No la temas, que la muerte  
No nos separa á los dos.

En vano todo palpita  
Mi corazón al dejarte:  
Es preciso para amarte,  
Virtud y gloria tener.  
Tu afecto tierno me excita  
A quedarme! — Todo es vano;  
Mas que recibir tu mano,  
Yo la debo merecer!  
Ya mi pecho conmovido,  
Sus penas, su angustia esconde;  
Y á tus lágrimas responde  
Con callado suspirar.  
Tu semblante humedecido  
Y tu seno, que agitado,  
Imita del mar airado  
Las ondas, al palpitar:

Y en el cual van sucediendo  
A blancos lirios las rosas, =  
Mis pisadas presurosas,  
No bastan á detener.  
Quédate tú, pues, sintiendo  
Los riesgos que yo no cuento;  
Témelos tú, que yo siento  
Solo darte que temer.

No me exijas, prenda mía,  
Que mi partida retarde:  
Si me estimaras cobarde,  
Me despreciaras quizá.

Oh! parto, porque te amo;  
Y á dejarte me resigno,  
Solo por hacerte digno  
De tu mano y de tu amor.

Arboleda era entonces sumamente joven; pero los sentimientos nobles y caballerosos expresados en ese *impromptu*, no le han abandonado en solo instante en el resto de su vida, como lo veremos en el curso de nuestro relato. El poeta partió á figurar en las sangrientas escenas de la guerra. A pocos días de haberse él presentado en las filas de los defensores de la ley, ya se había conquistado un nombre como militar.

Tenazmente sostenida fué aquella lucha entre hermanos. Los jefes de los rebeldes llegaron á tener en armas 13,000 soldados; y lidiaron desde 1839 hasta 1842. Los generales del ejército que sostenían las leyes de la República cobraron afecto por Arboleda y le hicieron grandes distinciones, porque habian descubierto en él valor, serenidad, respeto por la disciplina y conocimientos estratégicos nada comunes. El joven militar se entretenía, en los escasos momentos que tenía de reposo, en leer los Comentarios de César, libro á cuya lectura se ha dedicado despues con suma asiduidad.

El valerosísimo y malogrado general Manuel M. Mútz Gama, amaba tiernamente á Arboleda; le buscaba siempre de compañero en sus empresas mas peligrosas, y no quería dividir con otro sus glorias. Arboleda servía de secretario al general en jefe del ejército constitucional; las mas de las veces iba Mútz á la casa de ese jefe, y le decía con amable y graciosa sencillez: — «Mi general, déme prestado á Julio,» y salían el bravo Mútz y el valiente joven á encontrarse con los enemigos, los cuales nunca dispararon un fusil inútilmente en aquella guerra sangrienta. Ese Mútz, juez bien competente á la verdad, dijo en un documento jurado, al hablar de Arboleda: «que habia repetido en medio de las montañas de Pasto las hazañas que habian ilustrado á los grandes capitanes.»

Arboleda sirvió eficazmente para el arreglo de varias dificultades que nacieron entre el gobierno de Nueva Granada y el del Ecuador. Dos veces tuvo que ir á Quito, con tal objeto, enviado por el general P. A. Herran, quien tenia en aquel joven ilimitada confianza. Ese general ha hablado, en notas comunicadas al Congreso, en términos de ferviente elogio acerca del modo como Arboleda condujo aquellas negociaciones; admirándose de hallar tanto tino, prudencia y reserva en un ciudadano de tan poca edad. El hecho es, que Arboleda, con su bella inteligencia, su expedición, patriotismo y energía contribuyó grandemente á evitar á la Nueva Granada mil embarazos y contrariedades.

En 1842 se terminó esa malhadada y sangrienta revolución. Arboleda habia tomado parte activa en todos los acontecimientos de la época; habia asistido á casi todas las batallas que entonces se libraron; habia mandado como segundo jefe el renombrado batallón «Mútz;» habia sido por turnos jefe de Estado Mayor de columna, secretario ya del general Herran, ya del general Mosquera; y habia desempeñado, á contentamiento de todos, las comisiones mas arduas y peligrosas. Los jefes, oficiales y soldados lo amaban con razón; todo hacia pensar que ese joven abrazaría con ardor la carrera militar, para la cual tenia tan raras cualidades.

Pero no fué así. Apenas vió restablecida la paz, solicitó por medio de una elocuente representación, que se le expidiese su licencia absoluta. El general José Acevedo, secretario de guerra por aquel entonces, no quiso acceder á tal demanda; mas Arboleda logró obtener del gobierno su licencia indefinida; y al retirarse no quiso reclamar los sueldos que habia devengado; aunque, según lo justifica el hoy teniente coronel García Tejada, no habia recibido ni las raciones de su clase. Así obraba ese cumplido patriota, porque, según dice él mismo en alguno de sus escritos, «no habia ido á vender su vida por una paga vil, sino á rescatar con su sangre y sus propiedades, la libertad atacada por la anarquía.»

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se continuará.)

### El Alfabeto de la Muerte

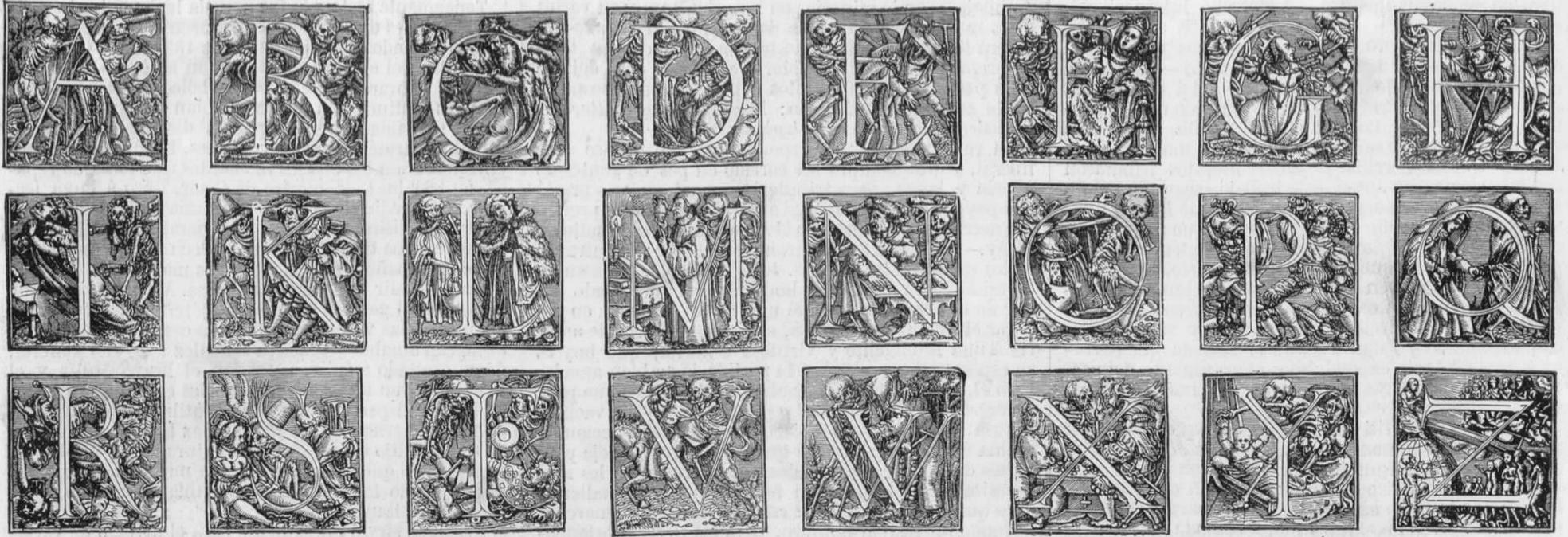
FOR HANS HÖLBEIN.

M. Edwin Tross, un erudito estimable y jefe de una excelente librería, ha querido renovar ó mas bien rejuvenecer para los bibliófilos y los artistas, una de las maravillas de la tipografía del renacimiento; ha querido reconstituir la famosa colección del *Alfabeto de la Muerte* de Holbein, cuyas letras están adornadas con una pequeña danza de los muertos compuesta por el mismo Holbein en presencia de algunos asuntos de sus *Simulacros de la Muerte*. Esta danza fué grabada por Hans Lutzelburger, probablemente para un impresor de Basilea ó de Strasburgo, quizás para Wolfgang Cephaleus, que imprimió en 1524 la hermosa Biblia griega que lleva su nombre y contiene el *Alfabeto de Holbein*.

La copia que M. Tross acaba de hacer imprimir para M. F. Didot, con un lujo extraordinario ha sido grabada por un artista alemán, M. Lædel, en presencia del único ejemplar que queda completo de la primera tirada de esas láminas. El trabajo hecho con una paciencia y una exactitud verdaderamente germánicas, ofrece una originalidad preciosa y digna de alabanza.

Cada página contiene una de las veinticuatro letras, y se halla adornada con una orla formada tambien de asuntos de la Muerte, tomados por M. Lemaire, grabador francés de aquellos bonitos devocionarios que el librero Simon Vostre mandaba imprimir todos los años para uso de las diferentes diócesis de Francia.

Las letras del *Alfabeto de la Muerte* se encuentran en pruebas originales ó en copias en algunos libros del siglo XVI impresos en Estrasburgo, Zurich, Francfort, Viena, Londres, Pamplona, etc.; pero estas obras han llegado á ser tan raras, que el alfabeto que publicamos será sin duda considerado como una novedad, por la mayoría de nuestros lectores.



El Alfabeto de la Muerte por H. Holbein.

### La iglesia de San Vicente de Paul en Paris.

La iglesia de San Vicente de Paul se distingue desde el boulevard Bonne-Nouvelle á la esquina de la calle de Hauteville. El terreno de la plaza Lafayette mas alto que el de los barrios que la preceden se encuentra no obstante todavia á mas de ocho metros bajo la base de la iglesia. Grandes rampas dispuestas en anfiteatro con declives suaves en forma de doble herradura y dos anchas escaleras, permiten á los que van á pié y á los carruajes al llegar cómodamente al atrio de la iglesia.

La fachada que tiene treinta y siete metros de anchura, se halla precedida de un pórtico de seis columnas de frente, de órden jónico. La puerta principal revestida de hierro presenta en doce nichos con orlas de flores y frutos y acompañamiento de cabezas de ángeles las figuras de los apóstoles. En el friso están los símbolos de los cuatro evangelistas y el Espíritu-Santo, y por último, encima entre dos ricos compartimientos calados, la figura mayor de Jesucristo. Estas trece figuras han sido

fundidas sobre los yesos modelados por M. Farochon.

A los dos lados del pórtico se elevan las torres cuya altura contando desde el nivel de la plaza es de unos 54 metros. En una torre están las campanas y en la otra el reloj; aunque cada una de ellas tiene su cuadrante. Entre ambos campanarios sobre el fronton del pórtico hay un terrado desde el cual presenta Paris un asombroso panorama. Este terrado tiene un pretil cortado con pedestales donde se elevan las estatuas de los cuatro evangelistas. — En dos nichos practicados en las torres se hallan las estatuas de San Pedro y de San Pablo, y en el fronton se ve en el centro la imagen de San Vicente de Paul con las figuras simbólicas de la Caridad y de

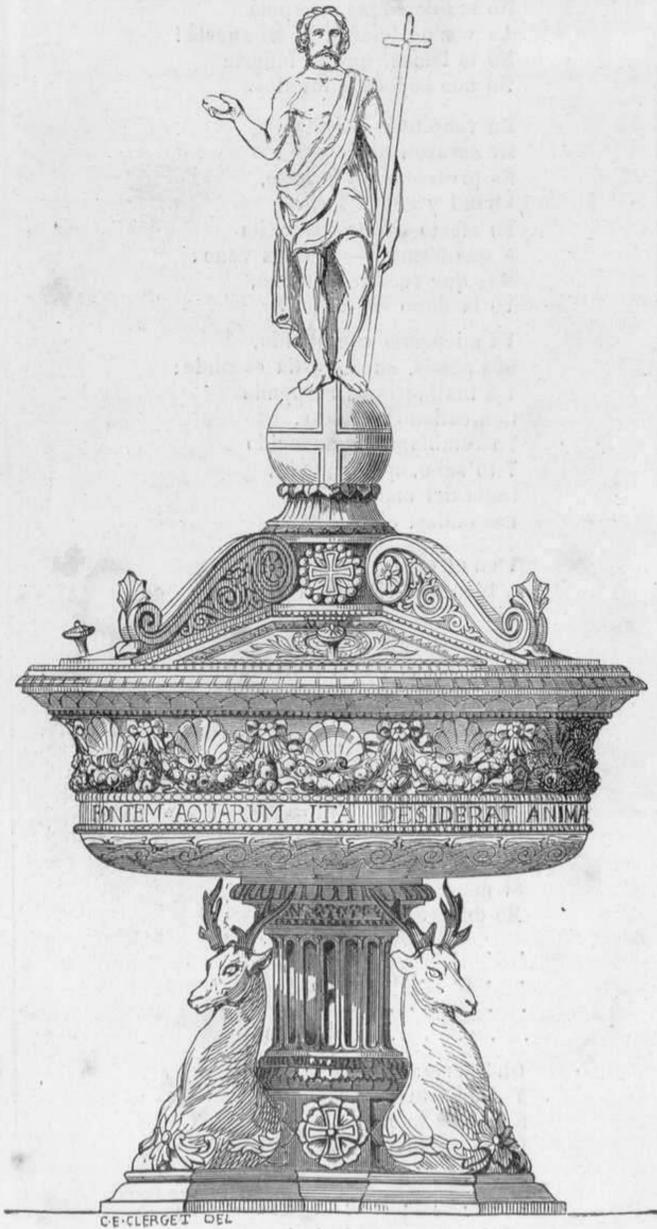
la Fé. En las paredes y los muros del pórtico hay esmaltes donde se ven pintados varios asuntos de la Biblia.

Penetremos ahora en el interior por la puerta principal. Cuatro hileras de columnas distribuidas de dos en dos por ambos lados, dividen toda la anchura del monumento en cinco partes. La parte central forma la nave, las dos divisiones intermedias las naves laterales y las dos últimas las capillas en número de ocho. Una disposición nueva, sin precedente en arquitectura produce el efecto mas imponente en esta iglesia. En todos los templos conocidos el crucero no es nunca mas ancho que la nave; en San Vicente de Paul ocupa á la vez la anchura de la nave principal y de las laterales. — El largo interior de la iglesia es de unos 90 metros.

La altura del techo de la nave se aproxima á la de las bóvedas de las catedrales góticas. Está partido en divisiones, y cada una de estas en doce compartimientos



San Dionisio, vidriera de M. Marechal.



La pila bautismal.



San Martin, vidriera de M. Marechal.

ricamente adornados con cuarterones en forma de estrellas y de cruces en los cuales las incrustaciones de encina sobre abeto están realizadas por fondos azules y rojos en los que se destacan los adornos de oro.

Al rededor de la nave y del crucero se desarrolla sobre el órden inferior un friso de unos tres metros de altura y de ciento setenta metros de largo. Encima se ele-

va una segunda hilera de columnas de órden corintio. Sobre las dos naves laterales hay tribunas altas y sobre la entrada un hermoso espacio para el órgano y la orquesta. Mas arriba se ve un segundo friso de dos metros de altura adornado con una serie de medallones.

Para acabar de mencionar aquí lo que llama mas la atención desde luego en este monumento, debemos ha-

blar de diez grandes vidrieras colocadas en el roseton de la portada, en la ventana del centro del crucero ó en la capilla de la Virgen, y á lo largo de las naves laterales en las ocho capillas. A la derecha estas vidrieras representan la Resurrección, san Dionisio, santa Clotilde y san Carlos Borromeo; á la izquierda figuran el bautismo de Jesucristo, san Martin, santa Isabel y san Fran-



Vista de la iglesia de S. Vicente de Paul.

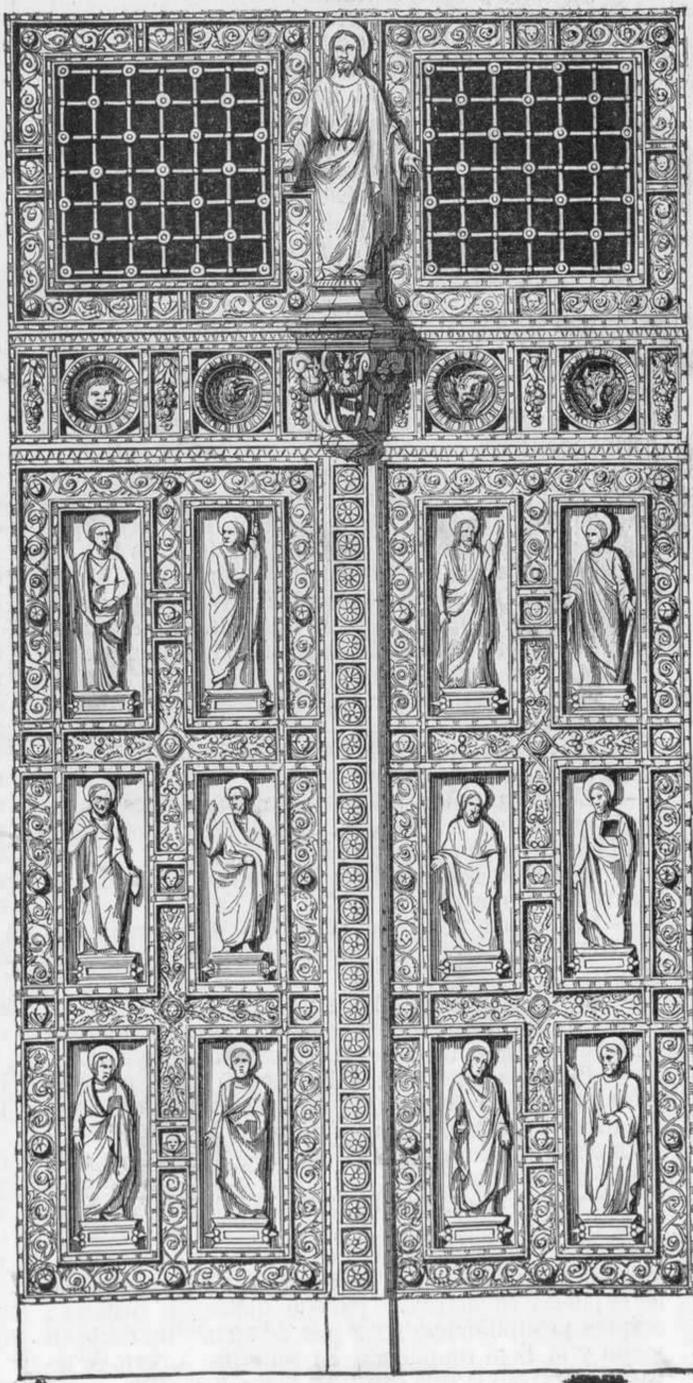
cisco de Sales; en la capilla de la Virgen está María con el niño Jesus, y en la portada en una vidriera de oro está san Vicente de Paul subiendo al cielo en medio de los enfermos y los niños á quienes ha salvado y consolado. Por estos cuadros transparentes de un admirable efecto de colores se esparce la luz en la iglesia. Las tribunas tienen igualmente vidrieras pintadas. Digamos para concluir que estas pinturas luminosas son obra de MM. Marechal y Gugnion, á quienes honran en

distintas clases, formando dibujos de muchas subdivisiones en las cuales se reproducen estrellas, cruces, cifras con rayos y otros ornatos y atributos religiosos. Dispuestos con gusto, estos entarimados además de preservar del frio mas que la piedra que es el motivo principal que ha hecho adoptarlos en varias iglesias de Paris, producen tan buen efecto como el mejor pavimento de mármol.

Si entramos ahora en los detalles de las dispo-



Pila del agua bendita en S. Vicente de Paul.



Puerta de hierro de la iglesia de S. Vicente de Paul.



Pila del agua bendita en S. Vicente de Paul.

extremo. El suelo de la iglesia es de piedra en las naves laterales, mas particularmente destinadas á la circulacion, y en lo demás de maderas de

siciones y de los ornatos que no es posible apreciar en una primera ojeada, vemos el coro separado de la nave por una rica barandilla calada.

Una doble hilera de sillas de coro ricamente esculpidas con ocho hermosas figuras de santos y de santas, obra de M. Millet, las separa de las naves laterales. — Las sillas que rodean circularmente el santuario en la anchura de la nave y que son tan ricas en esculturas de madera como las del coro, ofrecen igualmente en los respaldos una serie de santos y de santas ejecutados por M. Derre.

El altar mayor elevado sobre un doble basamento presenta á cada lado tres columnas y un pilar, con un arco y un fronton triangulares. Este altar representa el Calvario transformado en arco de triunfo. El banco de la fábrica presenta en su decoracion la reproduccion modificada del altar mayor: es el Calvario bajo la forma emblemática de un arco triunfal.

A la derecha en la nave está colocado el púlpito pequeño y sencillo. El adorno principal debido á M. Du-seigneur se compone de dos ángeles en pié y de cinco bajos-relieves representando la Caridad, la Fé, la Esperanza, san Juan anunciando la venida de Jesucristo y Jesucristo predicando la palabra de Dios.

La pila bautismal está colocada en la capilla del bautismo situada á la derecha de la entrada. Tiene la forma de una rica copa adornada de conchas, cruces y plantas acuáticas, rodeada y acompañada de guirnaldas y de festones de flores y de frutas. La inscripcion *Quemadmodum desiderat cervus ad fontem aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus* esculpida en la circunferencia ha motivado la introduccion de ciervos en su pié. La tapa se halla dividida en cuatro partes separadas entre sí por consolas que sirven de apoyo á una bola sobre la cual se alza la figura de san Juan Bautista. Esta pila hace el mayor honor á la fundacion de M. Calla de donde han salido tambien las demás piezas de hierro que hay en el interior de la iglesia, como las pilas de agua bendita, las verjas, las columnas, los candelabros y sobre todo la puerta principal.

Los adornos de la iglesia se componen todos de atributos religiosos, y su empleo combinándose con las grandes líneas arquitectónicas dadas por la distribucion del monumento y por su forma exterior, imprime á este edificio una grande unidad de estilo y un carácter eminentemente religioso.

La iglesia de San Vicente de Paul que figura entre los monumentos mas importantes de nuestra época, ha sido ejecutada en su conjunto y en todos sus detalles segun los proyectos y bajo la direccion de MM. Lepere é Hittorf, arquitectos de la villa de Paris. Su costo se elevó á 4.200,000 francos.

## LOS DOS HERMANOS.

CRÓNICA DEL SIGLO XVI.

### I.

Cuando el luteranismo nació en Alemania, vino á hacer irrupeion sobre el mundo cristiano, el cristianismo se levantó á toda su altura, para oponerse á la invasion. Primero fué una guerra de palabras, y los campeones se armaron de proposiciones y contraproposiciones; pero no tardaron la pluma y la palabra en verse reemplazadas por el morrion y la espada, la tinta se convirtió en sangre, y la lucha se organizó. Fué una guerra encarnizada, guerra de creencias sin piedad ni perdon. Las distinciones nacionales, los enconos de pueblo á pueblo desaparecieron: ya no habia francés ó inglés, alemanes ó daneses, españoles ó flamencos; no hubo mas en el centro de la Europa, ardiente hoguera donde se encendia esta gran contienda, que dos naciones, catolicismo y reforma, dos pueblos, católicos y protestantes. Desde las cimas de los montes Krapahs á las orillas del Atlántico, desde los Alpes al Báltico todo se conmovió, todose arruinó; y el gran drama religioso tuvo una escena en todos los ángulos del cuadro de las naciones civilizadas, excepto en la España, que permaneció firme en sus creencias.

A esta época es menester referirnos. Nos suponemos en el 1º de marzo del año 1562 en un viejo castillo de los Países Bajos, á algunas leguas de Gante. El sol pálido que ha alumbrado todo el dia, acaba de despedir sus últimos rayos de luz, y alumbra muy débilmente una espaciosa sala de aquel castillo gótico. En ella están rezando una mujer y un jóven, ambos de rodillas sobre las baldosas.

— Dios mio, dijo la madre, cuya oracion, mental al principio, se formulaba en fin en alta voz: Cristo, Divino Redentor, ten piedad de una pobre madre, enferma y afligida. Echa una mirada de misericordia sobre su hijo mayor, Alberto de Guzman, y no le abandones en tan peligrosos tiempos.

— ¡Amén! respondió el jóven arrodillado al lado de su madre.

— Tú sabes, Divino Salvador, que nunca he desertado yo de tu creencia, ni he faltado nunca á la observancia de tus preceptos santos; no ignoras con el esmero que he sembrado la moral en el corazon de mis hijos, como el menor que está presente, Juan de Guzman, ha aprovechado... Pues bien, por todo esto yo te pido, ó Dios mio, no permitais que mi Alberto entre en los caminos de perdicion; que lo traigais al lado de su madre, firme é imperturbable en su fé, y separarlo del trafo de los reformistas, con que sospecho se acompaña.

— ¡Amén! respondió tambien Guzman rezando con fervor, levantándose despues de haberse persignado. ¡Dios haga que no tengais nunca que maldecir á mi hermano!

— ¡Oh! lo presiento, replicó la madre despues de haberse sentado; conozco que no tendria ánimo para maldecirlo... y sin embargo, ¡cuál es su conducta hace tres meses!

— Todavía no es mas que una presuncion, madre.

— En vano querrias restituir la calma á mi corazon con tus palabras consoladoras, Juan; una madre no se equivoca, sabe adivinar lo que un hijo la oculta. Despues de todo ese tiempo que te he dicho, ¿has visto tú á Alberto permanecer mas de un dia con nosotros? ¿Cómo explicas tú esas largas ausencias y ese aire sombrío y taciturno cuando vuelve á sentarse á nuestro hogar?

— Quizás un pensamiento secreto...

— Sí, sin duda, Juan; sí, un pensam ento de heregia y de rebelion, eso es lo que le ocupa. ¿No recuerdas que el mensajero del conde de Egmont se ha detenido en esa morada y no hace un mes que ha tenido con Alberto una conversacion larga y secreta? ¡Oh, esto es demasiado cierto! añadió entregándose á todo su dolor, y no sé si la inquietud no es en mi corazon mas fuerte que la indignacion. Perdon, ¡Dios mio! no deberia decir esto; pero soy madre...

La puerta se abrió de improviso, y entró un jóven embozado en su capa.

— ¡Alberto! exclamó la señora de Guzman dando un grito.

— ¡Hermano mio! dijo Juan que se apresuró á encender un cirio.

Apénas la luz se hubo esparcido en la habitacion, cuando Juan y su madre exclamaron aterrorizados: habian fijado la vista en Alberto. El desgraciado jóven, alterada la respiracion y fatigado se habia dejado caer sobre una silla; su rostro estaba pálido y contraído y sus ropas en desórden y sus manos teñidas de sangre.

— ¡Un vaso de agua, herman o! ¡un vaso de agua! fué su primera palabra.

Juan, evidentemente turbado, se apresuró á satisfacerle.

— ¡Está herido! exclamó la señora de Guzman, luego que hubo recobrado el uso de la palabra.

Y se precipitó hácia su hijo para socorrerle; mas este la separó con amabilidad.

— ¡No, madre mia: no, gracias al cielo! me he salvado de la horrorosa carnicería; estoy sano y salvo á despecho de los asesinos y de los verdugos.

— ¿Qué quieres decir, Alberto?

— ¿Qué ha pasado, hermano?

— ¡Una mortandad execrable que se escribirá en la historia con caracteres de sangre!... Algunos protestantes, madre mia, hombres de paz y de devocion, estaban reunidos en un granero al fin de un arrabal de Gante; estaban recogidos rezando y el oficio se celebraba, cuando de pronto suenan clarines, es el duque de Alba... ¡Cobarde!... que pasaba escoltado por una tropa de pisaverdes y de donceles... ¡Estos abortos del infierno se atreven á insultarnos!...

— ¿Tú estabas con ellos, hijo mio? exclamó de pronto la señora de Guzman, con voz profundamente conmovida.

— Con ellos estaba, madre mia, respondió Alberto poniéndose en pié y tomando poco á poco animacion su semblante; estaba con ellos y no me pesa.

Su madre escondió su cara entre sus manos, mientras que Juan escuchaba temblando la relacion de su hermano.

— ¡Eran trescientos por lo ménos los verdugos! Todos armados... Nosotros eramos sesenta, sin armas y rezando... Se han arrojado sobre nosotros. Despues de las injurias han pasado á los golpes y los asesinos han degollado á todos nuestros hermanos, ¡sin piedad ni misericordia!... Dos somos solamente los que escapamos de la mortandad. ¡Oh! ¡duque de Alba! la sangre quiere sangre; con esa carnicería has encendido una guerra terrible en los Países Bajos.

— Me haces estremecer, hijo mio, con esas palabras amenazadoras.

— ¡Oh! ¡si lo hubieseis visto, madre mia! ¡Era Heródes degollando los inocentes!...

— ¡Era Jehu, señor, era Jehu santificando sus manos en la sangre de los impíos! respondió la madre, que tambien se habia puesto en pié.

— ¡Son mártires! ¡Pobres hermanos! ¡mártires de una religion nueva!...

— Así, señor, continuó la señora de Guzman con voz trémula, ¿habeis abandonado la fé de vuestros padres?

— ¡La he abandonado!...

— Marchad, pues, señor, dejad esta casa que no debe servir de abrigo á un herege... Marchad, yo os maldigo...

— ¡Piedad, madre mia, para vuestro hijo! exclamó Juan poniéndose de rodillas, no acabais de pronunciar esa funesta palabra... ¡Piedad para mi hermano!

La desgraciada madre cayó de nuevo sobre la silla inundada de lágrimas.

— Mañana al romper el dia habré dejado esta casa, de la cual se me expulsa. ¡Adios, madre! dijo Alberto, que hacia varios esfuerzos para dominar su agitacion.

Dió algunos pasos para salir, mas al llegar al umbral de la puerta se detuvo y pareció dudar un instante; despues precipitándose á los piés de su madre, cogió su mano y la besó rompiendo en sollozos. Alberto se levantó, atravesó la sala con paso firme y al salir

— ¡Marcharé! dijo Alberto.

— ¿Tomarás las armas en favor de los protestantes?

— Sí, Juan.

— Tengo diez y siete años y mañana me alisto en el partido católico.

— Haga Dios que no nos encontremos uno enfrente del otro y con las armas en la mano.

— Así sea.

### II.

Los protestantes de los Países Bajos rebeldes al gobierno de Felipe II, se habian declarado contra el duque de Alba, gobernador de aquellos Estados, y entregándose á los mayores excesos contra los católicos. Dos meses han trascurrido apénas desde la escena del precedente capitulo, y muchas ciudades han caido en poder de los protestantes y otras muchas reconquistadas por los católicos.

Toda la guarnicion de una ciudad pequeña de Bélgica, recientemente tomada por los luteranos, ha sido reunida en la plaza principal y parece esperar la llegada de un jefe. Un hombre de cerca de cuarenta años se presenta en fin acompañado de un jóven á quien da el brazo familiarmente. Este hombre es el baron des Adreís, guerrero de corazon duro. Su llegada á la plaza fué recibida con aclamaciones; recorrió las filas de los soldados hablando á unos y á otros; despues volviendo donde estaba el jóven que le acompañaba:

— Alberto, le dijo, todo va bien, nuestras tropas han tomado algun descanso, y en el tiempo presente no se permanece mucho tiempo sin pelear. Voy á marchar, he sabido que el duque de Alba que ocupaba á Amberes acaba de subir hácia el Norte. Voy á interceptarle el camino...

— ¿Pero estais bien cierto, capitán?

— Si estoy bien instruido del itinerario?... perfectamente. Mientras mi querido teniente dormia esta noche, la ronda nos ha hecho una presa, un jóven teniente del de Alba, un doncel sin barba ni bigote. Bajo mi promesa de dejarle la vida me ha revelado el secreto de la marcha de su jefe.

— ¿Y el jóven, el teniente? preguntó Alberto.

— El jóven, señor Alberto? replicó el baron des Adreís con una sonrisa algo expresiva, mantendrémos la promesa que le hemos hecho... Le hemos prometido la vida, se la dejaremos durante ocho dias.

— ¿Y pasado ese tiempo? preguntó el teniente con interés.

— Trascurrido ese tiempo veremos si nos ha engañado, y entónces tomando su traicion por un buen arrepentimiento publicaremos sus servicios entre los católicos. Por último, señor Alberto, ved aquí un papel que contiene mis instrucciones. Quedais con mis plenos poderes en esta ciudad durante mi ausencia, mas si os aconteciese quebrantar mis instrucciones os trataré como católico á fé de caballero por mas buen luterano que seais.

Vamos, continuó dirigiéndose á los trompetas, tocad una llamada para anunciar la marcha.

La órden fué ejecutada en los cuatro ángulos de la plaza y durante una hora estuvo la ciudad entregada á la ruidosa agitacion que acompaña siempre una marcha militar. Al cabo de este tiempo calmó el ruido y cesó la agitacion poco á poco, y el teniente del baron des Adreís se encontró solo al frente de cien hombres y encargado de la defensa de la plaza.

Luego que hubo colocado los centinelas y establecido órden sobre la muralla, Alberto trató de abrir el papel que contenia las instrucciones del baron. Este papel contenia órdenes para la seguridad de la plaza, consejos en caso de sorpresa, y en fin, el mandato de interrogar al prisionero, saber su nombre, que el capitán no habia pensado en preguntarle y tenerlo bien custodiado temiendo no se escapase.

— Os trataré como católico aunque sois buen luterano, se dijo Alberto cuando estuvo solo... Estas son sus palabras... ¿El lobo cerval querrá dos presas en lugar de una?... ¿Por qué tendrá interés por este prisionero? ¿por un cobarde que hace traicion á su partido, que vende los secretos de su jefe? ¡No, no hay piedad para un cobarde de cualquier partido que sea!... Ejecutemos nuestras órdenes y examinémosle... ¡En cuanto al capitán, por el Eterno, juro separarme de él en la primera ocasion!... La sangre derramada en un combate es una necesidad de la guerra; mas la que derrama el verdugo ofrece un espectáculo demasiado molesto.

En medio de estas reflexiones llegó á la casa principal de la ciudad donde el capitán y él debian alojarse.

— ¡Larchaux! dijo dirigiéndose á un lancero de guardia á la puerta, que hagan venir al prisionero detenido esta noche.

Entró en una gran sala que servia de locutorio y habiendo hecho salir á cuantos allí se hallaban esperó la llegada del católico.

La puerta se abrió muy pronto y volvió á cerrarse despues de haber entrado un jóven cuyo aspecto noble y guerrero no traía señal alguna de inquietud ó de temor. Alberto estaba sumido en sus pensamientos y la entrada del jóven no le habia distraido; no levantó, pues, la cabeza y guardó silencio. El primero pareció impacientarse.

— Estoy en vuestro poder, señor, dijo, ¿qué mandais?

— Hermano, exclamó Alberto que se levantó de pronto y retrocedió algunos pasos como aterrado.

— ¡Alberto! dijo Juan lleno de la misma sorpresa.

Sin proferir una sola palabra ambos quedaron inmóviles mirándose fijamente. La mas violenta agitacion se leia en sus facciones, pero era imposible saber qué sentimiento la hacia nacer. Un momento hubo lucha en su corazon, un solo momento. El odio de partido se olvidó, el hermano fué preferido al enemigo, y se arrojaron en los brazos uno de otro.

— Hermano, exclamaron á un tiempo apretándose las manos.

Despues sucedió un momento de silencio.

— ¡Dios no nos ha escuchado, Alberto, nos ha puesto en esta situacion como enemigos!

— ¡Es verdad, Juan!

— Pues bien, es menester someternos á su voluntad, hermano mio, soy tu prisionero...

— ¿Qué me recuerdas?

— Tu deber.

— ¡Oh! desgraciado hermano, si no hubieses olvidado el tuyo no estarias aquí en este momento en presencia de tu hermano, que tiembla por tí...

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Oh! Juan, no me fuerces á recordarte una cosa vergonzosa... tú has hecho traicion á los tuyos descubriendo los secretos del duque de Alba.

— ¿Y tú tambien, Alberto, tú puedes pensar que Juan de Guzman se ha manchado con una vileza?

— ¿Luego no es cierto?

— ¡No es cierto!... solo estoy aquí en virtud de las órdenes del duque de Alba, solo he hablado por su orden; se necesitaba alguien que arriesgase su vida para ejecutar esta comision, y yo lo he hecho.

— ¡Oh, Dios mio! exclamó de pronto Alberto... ¡comprendo cuál era el interés que anticipadamente me inspiraba el prisionero! ¡Pobre Juan!... Si, sí, tú dices verdad... mas es menester salvarte... ¡Oh! no conoces la crueldad del baron des Adrets... no tendrá piedad, ni de tu juventud ni de tu valor... es menester que yo te salve.

— Será imposible, hermano, replicó Juan perdiendo poco á poco el aire severo que habia tomado. Salvarme seria perderte, y yo no lo consentiré. Tu jefe, tan cruel como el mio, no conoce la piedad, y aun cuando la conociese no soy hombre capaz de implorársela... Me ha prometido la vida...

— Mentira.

— Y si yo no le engañase...

— Pero le has engañado.

— Si...

— Infeliz, solo te quedan ocho dias de vida, replicó Alberto con los ojos llenos de lágrimas. ¡Oh! pero no, tú marcharás hoy... yo te facilitaré los medios...

— Sufriré la suerte que me espera, hermano; además, ¿quién sabe si de aquí allá el duque de Alba, vengador, no me habrá salvado?...

— ¡Oh! mas si tú puedes procurarme los medios de salir de esta plaza por algunos dias, te lo suplico, mi hermano querido, porque tú lo eres siempre, permíteme ir á abrazar á nuestra madre... aunque sea un instante... despues vuelvo á morir.

— Nuestra madre... Juan... nuestra madre. ¡Oh! ¡cuántas lágrimas ha debido derramar pensando en mí!...

— Si quisieras, Alberto, te era fácil consolarla...

— ¿Cómo?

— Abandonar tu partido... venir conmigo y arrojarte en sus brazos diciéndola: — Madre mia, abjuro mis errores.

— ¡Una vileza! irás solo... al instante. ¿Larchaux? continuó llamándolo. Es un hombre de mi devocion de quien nada temo. ¿Larchaux?

El soldado entró.

— Este prisionero es mi hermano, Larchaux, quiere ir á abrazar á nuestra madre antes de...

— Antes de morir; ¿por qué no concluyes la frase, hermano?

— ¿Quieres ganar mi amistad y dos monedas de oro? dijo Alberto al soldado enjugándose una lágrima.

— La amistad solamente... Guardad el oro. ¿Qué hay que hacer?

— Conducirlo á la poterna sin ser visto.

— Venid.

Los dos hermanos se abrazaron antes de separarse, y cuando Juan estuvo á punto de partir, Alberto le detuvo:

— Hermano, le dijo con voz llorosa, vas á ver á nuestra madre tú que no has sido expulsado... abrázala una vez pensando en mí, y háblala si puedes sin irritarla de un hijo que ha maldecido... pero que la ama siempre... ¡Adios, adios!

Cerró rápidamente la puerta, y volviendo á sentarse ocultó su rostro en sus manos, y permaneció largo tiempo en esta postura.

Una hora despues Juan salia por un lado de la ciudad, en tanto que por la puerta opuesta sonaban las trompetas y el rumor anunciaba la llegada de su tropa. Se vino á dar aviso á Alberto, que pensando en la falsa noticia de la retirada del duque de Alba, creyó que los católicos hacian una tentativa de asalto, y se preparó para defenderse hasta morir. Era una falsa alarma; la causa del ruido era la vuelta del baron des Adrets. Estaba furioso.

— He sido engañado, exclamó luego que vió á Alberto. El mozalvete que hemos cogido es un embrollon, y sin un buen aviso que me ha dado un coreligionario de la provincia, la plaza desgarnecida hubiera sido tomada por asalto durante la noche... Por Satan, quiero que

esa lengua que ha mentido sea cortada al instante. Que el verdugo caliente sus hierros.

Al oír estas palabras pronunciadas por el baron irritado, cuyos ojos lanzaban llamas, Alberto se sintió desfallecer. Mas recobrando pronto su energía, y bajo pretexto de dar algunas órdenes buscó á Larchaux.

— Corre en pos de mi hermano, dile que se oculte y no vuelva nunca aquí... que le importa la vida... vé...

Larchaux partió corriendo, y Alberto volvió al lado de su jefe, que lo llevó con paso rápido á la sala locutoria.

— ¡Mi prisionero! exclamó dando un puñetazo en una mesita, que partió del golpe; ¡mi prisionero!... Hoy quiero hacer de verdugo y cortarle yo mismo su lengua perjura.

El baron estaba poseido de uno de los mas violentos accesos de cólera; la sangre inflamaba sus ojos y enrojecia sus mejillas; se paseaba con precipitacion rompiendo por todos lados lo que tenia á la mano.

— ¡Teniente! gritó volviéndose á Alberto; ¿qué quiere decir esto?... ¿No se encuentra ya á ese joven?

Los soldados que volvieron declararon no haberle visto en su prision.

— ¡Ah!... ¡el pájaro ha volado!... dijo mirando á Alberto de una manera espantosa. ¡Oh! bien, el pajarero le reemplazará. Tú has dejado escapar al prisionero. ¡Confiesa, confésalo!

— Capitan, yo me he obligado á servir bajo vuestro mando, no como esclavo, sino como soldado. Soy caballero y no me conviene ser tratado así...

— Tú no respondes á mi pregunta, replicó el baron echando espumarajo de rabia, ¡mi prisionero!

— ¡Aquí está! exclamó Juan, que entraba sin aliento.

Alberto se quedó helado, y el baron un poco desorientado, no habiendo ya un motivo para su reprimenda al teniente.

— ¡Verdugo! dijo, los hierros están hechos ascuas.

Un rumor se oyó entre los soldados.

— ¿Qué significa eso? preguntó el baron; si descubro la lengua que ha murmurado la trataré como á la que ha mentido.

— ¡Desgraciado! ¿qué has hecho? dijo Alberto pasando al lado de su hermano.

— Lo que me prescribia el honor, hermano.

— Verdugo, dijo el capitan viendo entrar el ejecutor, te entrego ese mozalvete para...

— ¡A las armas! ¡á las armas! gritaron por todas partes fuera de aquel local.

Hombres armados entraron en la sala. El duque de Alba se aprovechaba de la noche para dar un asalto.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Se concluirá.)

### Comunicacion entre el Atlántico y el Pacífico.

¿Cuáles el mejor camino que se puede escoger, en el actual do de cosas, para atravesar la larga y estrecha lengua de tierra que separa el mar Atlántico del Pacífico? En el *Eco del Pacífico* vemos un artículo que, si no resuelve la cuestion, ofrece á lo ménos, con este objeto, indicaciones muy interesantes.

Hé aquí sus principales períodos:

El público si se preocupándose de esta importante cuestion, debatida varias veces por todos los órganos de la prensa. A la vista tenemos una peticion cubierta de firmas en favor de Nicaragua, que ofrece, sobre todo de algunos meses á esta parte, ventajas que no pueden lograrse por la línea del Panamá. Además, el contrato celebrado con la compañía que trasporta actualmente el correo, está concebido en tales términos, que el gobierno de los Estados Unidos puede en ciertos casos modificar el suyo con esta compañía. « Que cuando se establezca una comunicacion mejor entre los dos Océanos, el ministro de Marina y el director general de Correos están autorizados para formar arreglos con los presentes contratistas de la línea del Océano Pacífico, para cambiar el punto de partida del servicio bimensual, con el fin de lograr mas prontitud y economía. »

El artículo 8º del referido contrato reserva los términos pecuniarios de la modificacion para cuando la línea esté definitivamente establecida.

Hoy recibe la compañía de la mala, del gobierno de los Estados Unidos, la suma anual de 349,250 libras esterlinas por la conduccion del correo entre los Estados Unidos, la California y el Oregon; M. George Law es el empresario.

La imprenta de San Francisco está dividida en esta cuestion. Los unos quieren la línea del Panamá, establecida tiempo hace, que ha hecho el servicio mas regularmente, que posee mayor número de vapores; los otros prefieren la línea rival, explicando los progresos conseguidos por su agente actual M. Carrison, y apoyándose en la opinion del público que se ha pronunciado en favor de esta empresa.

Por nuestra parte vamos á examinar imparcialmente este interesante asunto, tan debatido por todos, y poco profundizado aun por nosotros.

A nuestro juicio, la cuestion de saber si el camino de Nicaragua es el mas corto, es ociosa; el exámen del mapa responde satisfactoriamente, puesto que en él se ve que es 500 millas menor que el del istmo de Panamá. En otro tiempo, aunque el mas corto realmente, este camino era el mas

largo, en razon de que el servicio se hacia de un modo irregular, y los vapores empleados en él eran pesados en su marcha ó de una construccion imperfecta para inspirar seguridad á los viajeros. Hoy las cosas han cambiado de aspecto: la compañía de Nicaragua posee cuatro vapores buenos: *Pacífico*, *Sierra nevada*, *Cortés* y *Brother Jonathan*, uno de los cuales puede quedar de reserva para eventualidades y accidentes. Aun irémos mas allá: la experiencia de los tres meses últimos la consideramos suficiente para admitir que la cuestion de rapidez está decidida en favor de esta via. Todos saben, con efecto, que las noticias recibidas por Nicaragua han precedido regularmente dos á cuatro dias á las de igual fecha traídas por los vapores del correo.

Así pues, para el público en general, las provisiones reservadas en el contrato están cumplidas.

Una nueva complicacion viene sin embargo á surgir entre esta especie de conflicto que existe entre los dos caminos de que nos ocupamos. La de la comunicacion proyectada por el istmo de Tehuantepec.

Como título ó concesion, el camino de Tehuantepec está aun sujeto á discusiones que pueden diferir, si no embarrar totalmente la ejecucion de este trabajo. Así, el título de concesion, poseido originariamente por M. Garay, y vendido subsidiariamente á ciudadanos americanos, está todavía en pié, y los poseedores actuales sostienen que el gobierno mejicano no tenía derecho para disponer de una comunicacion que les ha sido formalmente concedida. Estos ciudadanos habian enviado una expedicion científica, diez y ocho meses hace, al istmo de Tehuantepec, mandada por el mayor Bernard; ellos han gastado sumas enormes que les hace perder el contrato Sloo, con el cual no tiene nada que ver. El ministro de los Estados Unidos en Méjico estaba encargado de sostener los derechos de sus compatriotas, y aun habia celebrado con el gobierno mejicano su arreglo, que no ha ratificado el Congreso, apoyándose en la falta de poder de Garay. Despues de esto, que ha tenido un momento tal importancia política, que se ha creído que podia dar lugar á una guerra entre los dos gobiernos, se ha presentado M. Sloo. Este, con el fin de destruir la resistencia del gobierno de Méjico, se ha asociado con muchos personajes influyentes para darle un color nacional, y á esto ha debido el éxito de su proyecto. Un nuevo tratado ha sido celebrado con Méjico, con el objeto de garantizar mutuamente la empresa; pero este tratado no ha sido ratificado por los Estados Unidos, y parece dudoso que lo sea, porque implicaría el abandono de los derechos de los sucesores de Garay, y segun noticias ya publicadas, el presidente Pierce no parece dispuesto á resolver la cuestion.

Antes, pues, de empezar los trabajos del istmo de Tehuantepec, hay obstáculos que vencer, y aunque se conceda que se allanen, esto exige algun tiempo.

Este exámen no seria completo si no dijéramos algo acerca de una cuarta compañía (las de Panamá, Nicaragua y Tehuantepec son las tres primeras) que intenta establecer una comunicacion á través del territorio mejicano, Vera-Cruz y Acapulco. Los empresarios han logrado dos veces el traer noticias mas pronto que las otras líneas. Pero es una excepcion, en concepto nuestro, que no podria servir de base para una combinacion formal. Con efecto, un mensajero expedido de Vera-Cruz, despues de la llegada del vapor que hace el servicio entre esta ciudad y la Nueva-Orleans, puede en cinco dias llegar á Acapulco y llevar un paquete pequeño de papeles y pliegos que será recibido por el vapor de San Francisco. Estas noticias pueden ser trasmitidas de Nueva-Orleans á este punto en 17 ó en 18 dias. Pero si se tratara de hacer atravesar las 500 y pico de millas que separan á Vera-Cruz de Acapulco á un convoy de mulos que llevase dos ó trescientos sacos de correspondencias, en tiempo de lluvias, por ejemplo, cuando los caminos de Méjico están casi intransitables, no habria medio de contar dia fijo de llegada del correo: diez ó doce dias se podrian adoptar por término medio razonable.

Así pues, al presente la línea del Nicaragua, cuyo servicio está regularmente establecido, es la que ofrece una comunicacion mas rápida, y la que debe ser elegida para el transporte del correo. Los intereses del comercio lo reclaman; y si no intentásemos demostrarlo, es porque creemos que una economía de dos ó tres dias por viaje es un hecho patente y bastante para que sea necesario esplanar las ventajas que deben de resultar de ella en favor del público.

### Las regatas de Ruan.

La rivalidad que las luchas náuticas provocan entre los pueblos marítimos, las hace sumamente interesantes. La emocion que de estos juegos resulta no es sin duda muy grande, pero en cambio se puede apreciar en ellos la incontestable utilidad de un ejercicio que desarrolla á la vez en el hombre el vigor del marinero y la precision de vista del piloto.

Ruan por su posicion pastoril ofrece un campo de carreras admirables; á la izquierda, detrás de una rica verdura y un bosque de palos, se destacan en el horizonte sus infinitos campanarios góticos; á la derecha están las rocas cubiertas de vegetacion que se reflejan en el Sena. Paris habia enviado varios de sus ilustres campeones contra los cuales lucharon valerosamente los barqueros de Ruan.

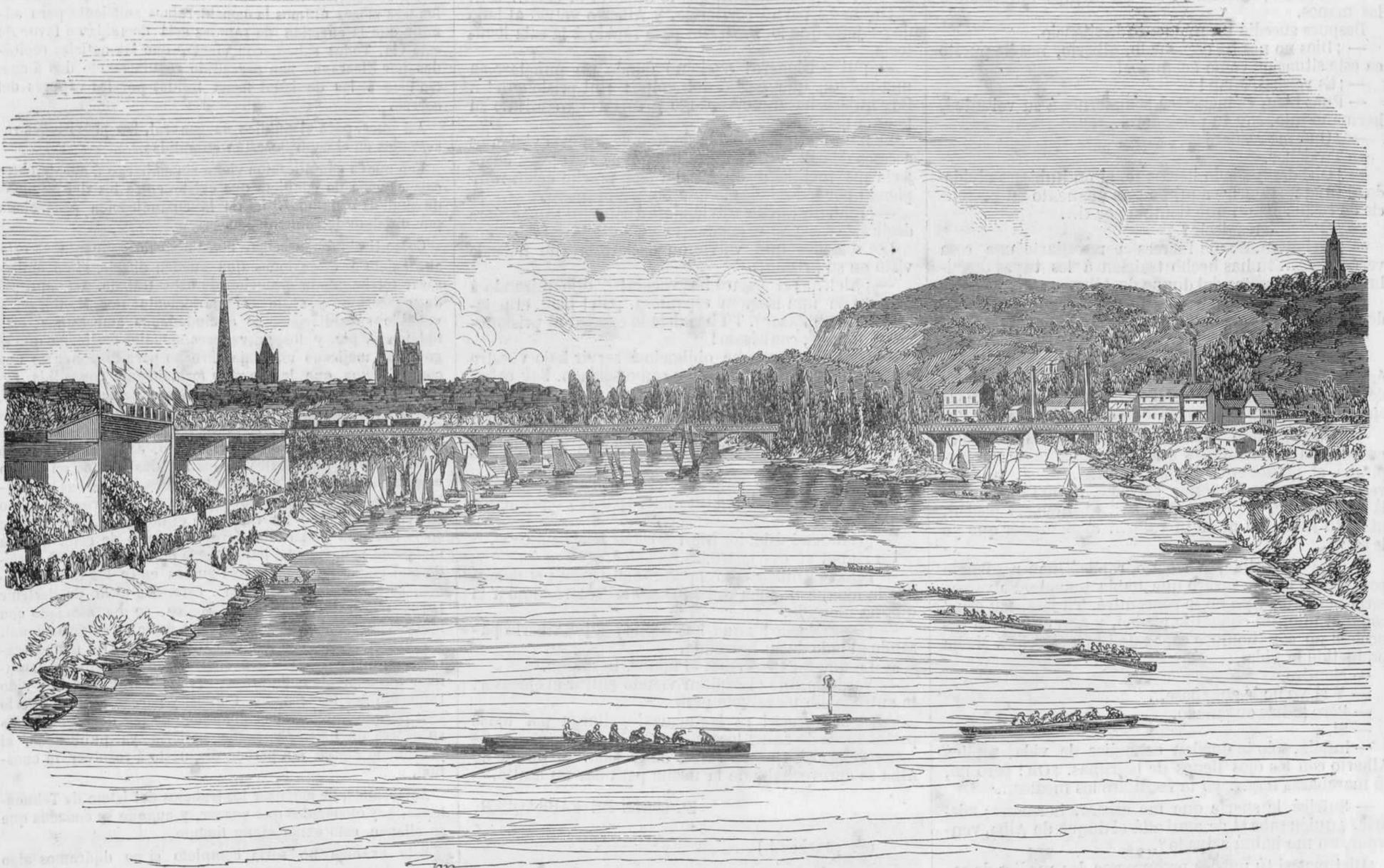
Pero ¿qué se podia hacer contra unas manos tan ejercitadas, contra unas embarcaciones tan rápidas? No ha-

bia mas que dar gracias á los parisienses por su visita : de ocho carreras ganaron cinco, llevándose el primer premio M. de C... el héroe ordinario de estas fiestas. El premio del Emperador disputado en una doble prueba por las grandes embarcaciones de vela fué ganado por

la *Constance* de M. A. Maze, uno de los primeros laureados del Sena inferior.

Dos orquestas, la una instrumental y la otra compuesta de coros de la *Renaissance Cecilienne*, celebraron alternativamente el momento en que los vencedores re-

cibian el premio de manos del señor prefecto. Luego cuando las embarcaciones de Paris estuvieron colocadas con sus remos en el ferro-carril, los barqueros fueron á descansar de sus fatigas en los jardines de Tivoli donde en su honor se tiraron fuegos artificiales. H. P.

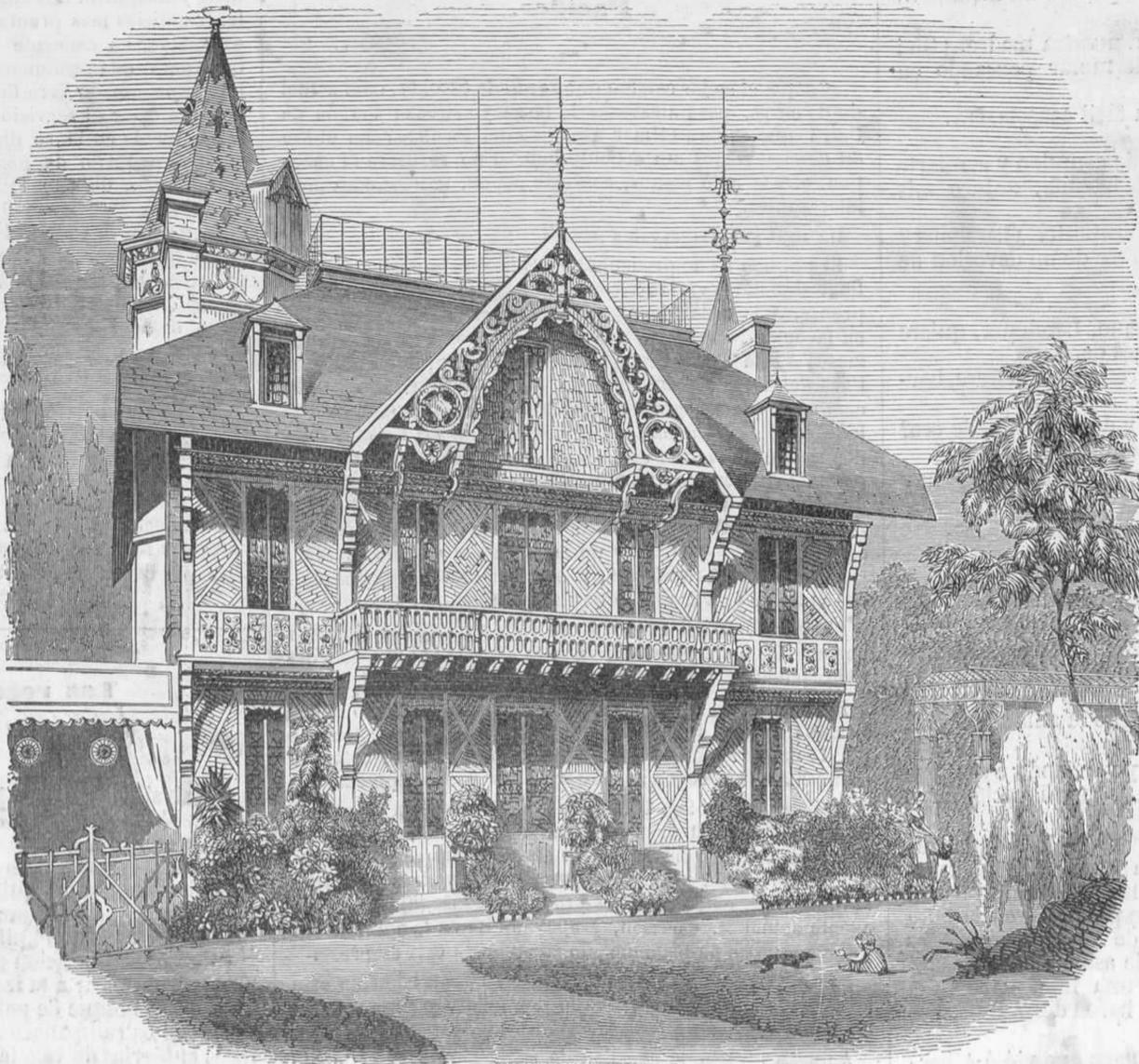


Las regatas de Ruan.

### La casa alemana de Beaujon.

Paris se ensancha, se extiende y se embellece de un modo portentoso. Ciudades enteras han sido construidas ó se edifican hoy en vastos terrenos rebados á la agricultura en los antiguos barrios, se abren calles soberbias, y elegantes construcciones reemplazan las viejas casuchas que entristecian la vista del transeunte. Desgraciadamente los arquitectos se muestran en el día demasiado dispuestos á satisfacer la avidez de los propietarios, que solo se proponen un fin, amontonar en el mas corto espacio posible el mayor número de inquilinos. Vistas por fuera la mayor parte de las habitaciones modernas agradan á la vista, pero cuidado con dejarse seducir por esa apariencia engañadora; el interior carece de aire y de luz; hacen aposentos para enanos.

Sin embargo, Paris posee todavía, gracias á Dios, algunos propietarios que no se ocupan exclusivamente del producto bruto de sus casas, y arquitectos que negándose á edificar constantemente cuarteles uniformes, consagran una parte de su tiempo al culto de su arte. Entre estas honrosas excepciones, queremos señalar hoy una casa gótica alemana perte-



Casa gótica alemana en el jardín Beaujon.

neciente á M. Contzen, mandada construir por M. Dussillion sobre los terrenos del antiguo jardín Beaujon.

La casa alemana del jardín Beaujon merece realmente la visita de todos los aficionados. No necesitamos describir el exterior del que dará una idea suficiente nuestro dibujo; en cuanto al interior nos seria difícil hacer comprender á los que no han tenido como nosotros el privilegio de admirarle, la riqueza, la elegancia y las comodidades que se encuentran en él. Esta casa es una de las mas lindas habitaciones de ese barrio nuevo que se extiende desde la Magdalena hasta el Arco de Triunfo. Contiene en el piso del basamento, una cocina, un lavadero, una despensa, una bodega y una cisterna grande; en el piso bajo una antecala, un comedor, una sala, un vestíbulo de escalera; en el piso principal un vestíbulo, dos aposentos, y todas sus dependencias, y en el segundo una habitacion que comprende un comedor, un salon, una alcoba, una cocina y varias dependencias.

El modelo de esta casa original no puede ser mas bonito y elegante; sin embargo ha tenido pocas imitaciones en Paris, porque en último resultado, es un capricho arquitectónico mas propio para el campo que para las ciudades.